

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO III — TOMO V

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 5 DE 1883

NÚMERO 28

Curso de Derecho Constitucional

POR EL DOCTOR DON JUSTINO J. DE ARÉCHAGA

SEGUNDA PARTE

ORGANIZACION POLÍTICA

CAPÍTULO III

SISTEMAS ELECTORALES

(Continuacion)

VIII

SUMARIO — Sistema del *voto doble simultáneo*, propuesto por Mr. Borely — Su exposicion — Ejemplo — Este sistema resuelve satisfactoriamente el problema de la reforma electoral, introduciendo en él una ligera modificacion — Produce resultados exactamente proporcionales — Asegura la más amplia libertad a los electores — Procedimiento complementario de este sistema, ideado por su mismo autor — Sus ventajas — Este sistema hace innecesarias las coaliciones de los partidos — Objeciones que se hacen al sistema de Borely — 1.ª La mayoría puede elegir todos los representantes de una circunscripcion — Demostracion de que esta objecion es fundada — 2.ª El sistema de Borely obliga a todos los electores a afiliarse a un partido politico — Demostracion de que esta objecion es completamente falsa — 3.ª Nada estatuye respecto a los candidatos que figuren en varias listas — Tambien carece de todo fundamento esta objecion.

Terminaré el estudio de los sistemas electorales con la exposicion y análisis del que, con una simple modificacion, resuelve satisfactoriamente, en mi concepto, la importantísima cuestion de la reforma electoral.

Ese sistema es el del *voto doble simultáneo*, formulado por Mr.

Borely (1). Su mecanismo consiste en lo siguiente: El país en que este procedimiento deba aplicarse se divide en varias circunscripciones electorales bastante estensas para que, en cada una de ellas, deba elegirse varios representantes. Cada elector vota por una lista de candidatos cuyo número sea igual al de los representantes que correspondan á su circunscripción; los nombres de los candidatos serán puestos en las listas por orden de preferencia, y cada conjunto de electores que forme un partido, ó una agrupación electoral, adoptará un lema con el que deberá necesariamente encabezarse sus listas de candidatos. El escrutinio se verifica en la siguiente forma: ante todo se determina el cociente electoral, dividiendo el número total de los votos válidos emitidos por los ciudadanos, por el número de representantes que corresponden á la circunscripción; en seguida se suman separadamente las listas que lleven un mismo lema, aunque sean distintos los nombres de los candidatos, y el número que resulte de la suma parcial de cada conjunto de listas que tenga un mismo lema se divide por el cociente electoral, y el resultado de esta división será el número de representantes que corresponde á cada agrupación electoral. Determinado así este número, serán proclamados electos los candidatos que, en cada conjunto de listas de un mismo lema, hayan obtenido mayor número de votos. Si han obtenido igual número de votos más candidatos que los que deben ser elegidos por los ciudadanos que han votado por listas de un mismo lema, serán proclamados electos por el orden de preferencia en que estén colocados en las listas.

Aplicando en este caso el método que he adoptado para la exposición de los demás sistemas electorales, me valdré de un ejemplo práctico para hacer más clara la explicación del sistema de Borely. Supongamos que 10,000 electores, divididos en dos partidos, A con 6000 adherentes y B con 4000, deben elegir 10 representantes.

Los 6000 electores del partido A resuelven adoptar para sus listas de candidatos este lema: *Libertad*, reservándose el derecho

(1) «Représentation Proportionnelle de la majorité et des minorités.» — Paris 1870. — Hay otros dos sistemas, el de *la lista libre*, formulado en 1871 por la Asociación Reformista de Ginebra, y el de Mme. María Chenu, que son casi idénticos al de Borely. El de este autor es superior á los otros dos; su mecanismo es más racional y de resultados más exactos y seguros. Por este motivo, y no siéndome posible examinar todos los sistemas electorales que se han ideado, pues para ello sería necesario escribir un grueso volumen, solo me ocupo del sistema de Mr. Borely, siendo, sin embargo, aplicables á los otros sistemas que acabo de indicar casi todas las observaciones hechas al del *voto doble simultáneo*.

de designar libremente los candidatos, pues que este sistema no requiere que haya uniformidad en las listas á este respecto, y votan así:

VOTOS DEL PARTIDO A

2,200 por esta lista

Libertad
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L

2,000 por esta lista

Libertad
M
N
O
C
D
P
Q
R
S
T

1,800 por esta lista

Libertad
M
O
C
D
K
L
A
B
U
X

Los 4000 electores del partido B, adoptan para sus listas el lema *Progreso*, y para simplificar esta demostración, supondré que votan todos por los mismos candidatos:

VOTOS DEL PARTIDO B

Progreso
a
b
c
d
e
f
g
h
i
j

Verificadas así las elecciones, se practicaría el escrutinio general del modo siguiente: Se determinaría en primer lugar el cociente

to electoral dividiendo los 10,000 votos emitidos en la circunscripción por los 10 representantes á elegirse, y esta operacion daría por resultado 1,000. Se clasificarían en seguida las listas de candidatos, segun sus respectivos lemas, y se tendrían 6,000 listas del lema *Libertad* y 4,000 del lema *Progreso*; estas dos sumas se dividirían separadamente por el cociente electoral, y esta operacion hecha con las listas que llevan el lema *Libertad* daría por resultado 6, y 4 la que se verificara con las que llevan el lema *Progreso*. De esta manera, la comision escrutadora establecería que corresponden 6 representantes á los ciudadanos que han votado por la lista *Libertad*, y 4 á los que han votado por la lista *Progreso*. Ahora, para saber cuales son los seis candidatos del partido A que se han de proclamar electos, se buscarían los seis que, en las listas que llevan el lema *Libertad*, han conseguido mayor número de votos. Esos candidatos serían C, D, K, L, M y O. Y en cuanto á los cuatro candidatos que debo elegir el partido B, como todos sus adherentes han votado uniformemente por una misma lista y todos los candidatos han obtenido, en consecuencia, un número igual de votos, se declararían electos los cuatro primeros de la lista, siguiendo en este caso el orden de preferencia.

Tal es el sistema del voto doble simultáneo, ideado por Mr. Borely. — Como lo indica su nombre, cada elector dá dos votos, uno en favor de su partido político, poniendo en la lista el lema adoptado por la agrupacion electoral de que forma parte, y otro en favor de los candidatos de su preferencia. Todo el mecanismo de este sistema descansa sobre esa base, que responde fielmente á los sentimientos y á los motivos que determinan la conducta de los ciudadanos en el ejercicio del derecho político de sufragio, pues que estos votan siempre teniendo en cuenta, en primer lugar, el triunfo de su partido ó de sus ideas, y despues el de los candidatos de su preferencia.

Ha dicho que el sistema de Borely, con una ligera modificacion, resuelve satisfactoriamente el problema de la reforma electoral, y esta verdad resultará plenamente comprobada estudiando su mecanismo y analizando los efectos de su aplicacion práctica, á la luz del criterio anteriormente establecido. Un buen sistema electoral, como se ha visto ya, debe reunir indispensablemente las siguientes condiciones: su aplicacion ha de producir una representacion estrictamente proporcional de todas las opiniones y de todos los intereses sociales; los ciudadanos deberán encontrarse en condiciones

de ejercer libremente el derecho de sufragio y los partidos no han de verse obligados á recurrir al medio inmoral de las coaliciones para poder llevar sus representantes al seno de los Poderes Públicos. Veamos pues si el sistema del voto doble simultáneo reune todas estas condiciones.

Que este sistema produce resultados estrictamente proporcionales, es un hecho con toda precision justificado por el mismo ejemplo que me ha servido para su exposicion. — Los representantes están, en ese ejemplo práctico, en la relacion de uno por cada mil electores, y el partido A, que cuenta con 6,000 adherentes, ha obtenido seis representantes, y cuatro el partido B, formado por 4,000 electores. — La proporcionalidad se ha conseguido, pues, con una exactitud matemática. — Y este mismo resultado se obtendrá siempre, cualquiera que sea el número de los electores de cada partido y el de los representantes que correspondan á la circunscripcion. Desde que el sistema de Borely se funda en la nocion del cociente electoral, y con arreglo á ella distribuye los representantes entre las diversas agrupaciones de electores, la proporcionalidad en la representacion tiene que ser la necesaria consecuencia de su aplicacion práctica, pues que, como lo he dicho al examinar el sistema de Mr. Hare, para distribuir los representantes de una manera estrictamente proporcional entre todos los electores, el único procedimiento racional y seguro es el de determinar en que relacion numérica se encuentran unos y otros para fijar así el número de electores que tienen derecho á llevar un diputado al seno de la Asamblea Representativa.

Todo partido político, ó toda agrupacion electoral, cuyos miembros alcancon, por lo ménos, al *cociente electoral*, tiene pues la seguridad de conseguir la representacion que legítimamente le corresponde, si la eleccion se verifica segun el plan de Borely. Pero, al mismo tiempo, y es esto un mérito especial del sistema que examino, todos los ciudadanos se encuentran en condiciones de ejercer con entera independencia el derecho de sufragio, inscribiendo libremente en sus listas los nombres de los candidatos de su preferencia. Con todos los demás sistemas electorales, la militarizacion de los partidos, la completa sumision de los ciudadanos á los mandatos de los centros directivos de los trabajos electorales, la uniformidad de las listas de candidatos, y, en una palabra, la destruccion de la libertad electoral, son condiciones imperiosamente requeridas para que su funcionamiento dé los resultados que se han

tenido en vista al formularlos. Con el sistema de Borely nada de esto es necesario; un partido puede siempre elegir el número de representantes á que tiene derecho, segun las reglas de la más estricta proporcionalidad, aun cuando sus adherentes distribuyan sus votos entre un número considerable de candidatos. Todo lo que se exige á los miembros de cada agrupacion electoral, para que no la perjudiquen con su voto independiente, para que las listas de candidatos que depositen en las urnas influyan eficazmente en la eleccion de los representantes que, en justicia, á cada una de ellas correspondan, es que inscriban en sus listas un mismo lema, de antemano convenido ú ordenado por su respectivo Comité. Como se cuentan en favor de una misma agrupacion electoral todas las listas que lleven un mismo lema, aún cuando los candidatos que en ellas aparezcan sean completamente distintos, no es necesaria la uniformidad de las listas de candidatas para que un partido obtenga en la lucha electoral la representacion á que tiene derecho. Los ciudadanos se encuentran, pues, en aptitud de poder votar con entera independencia, de inscribir en sus listas, con toda libertad y sin peligro alguno para el triunfo de su partido, los nombres de las personas que, en su concepto, sean más dignas de ocupar un puesto en la Representacion Nacional. De esta manera, el sufragio deja de ser una falsificacion de la voluntad popular, como lo ha sido hasta el presente, y se convierte en la verdadera y legitima manifestacion de las opiniones y de las preferencias de los electores, pues el voto que cada ciudadano deposito en las urnas será la libre y genuina expresion de sus convicciones, y no el cumplimiento ciego de los mandatos del centro directivo de su comunidad política.

A tal ostremo el sistema de Borely garante la libertad electoral, y la armoniza con las legítimas conveniencias de los partidos y con las preferencias individuales de los electores en la designacion de los candidatos, que los miembros de una misma comunidad política pueden dividirse en varios grupos y votar aisladamente, sin que esta division le ocasione perjuicio alguno en el resultado final de las elecciones. Para ello es necesario aplicar un procedimiento complementario de este sistema, que el mismo Borely ha ideado, y que voy á explicar en seguida valiéndome de un caso práctico.—Supóngase que 8000 electores, divididos en dos partidos, A con 6,000 adherentes y B con 2,000, deben elegir 8 representantes.—En este caso, el cociente electoral está representado por 1,000 votos y, por

consiguiente, al partido A corresponden 6 representantes, y 2 al partido B.

De los 6000 electores del partido A, 4000 se ponen de acuerdo para votar por una misma lista de candidatos; 1200 quieren elegir al candidato X, que no figura en las listas de sus demás correligionarios, y los otros 800 al candidato Z que tampoco cuenta con el voto de los demás electores del partido.

Los 4000 electores de este partido votan por la siguiente lista:

4000 votos

Lema=C
a
b
c
d
e
f
g
h

Cada una de las otras dos fracciones del partido A, adopta un lema distinto para sus listas de candidatos, pero inscribe tambien en ellas, en segundo término, y á título de lema sustitutivo, el que ha sido adoptado por la mayoría del partido.—Votan pues estas dos fracciones del modo siguiente:

1200 electores por esta lista

800 electores por esta lista

Lema=D
Lema=C
X
a
b
m
n
o
p
q

Lema=E
Lema=C
Z
b
c
d
m
p
r
t

Esos dos lemas inscritos en una misma lista por orden de preferencia, determinan el siguiente procedimiento en el escrutinio general:— Sólo se tiene en cuenta, en primer lugar, el lema que figura en primera línea en cada lista, y si estas forman un número igual á una, dos ó más veces el cociente electoral, obtienen la elección de uno, dos ó mas representantes, quedando sin objeto alguno el lema sustitutivo, ó inscrito en segunda línea en las listas de candidatos. Si no alcanzan al cociente electoral, ó si despues de haberlo alcanzado una ó más veces, queda un sobrante de listas, se prescinde completamente del lema que aparece en primer término en todas las listas sobrantes, ó que no han llegado al cociente, y se tiene entonces en cuenta el lema sustitutivo para agregarlas á las que tengan ese mismo lema.

Al verificarse, pues, el escrutinio general en el ejemplo que acabo de poner, se procedería de esta manera:— Despues de haberse establecido el cociente electoral, que está representado en este caso por 1000 votos, se clasificarían las listas segun sus respectivos lemas y se tendrían 800 listas con el lema E, 1200 con el lema D y 4000 con el lema C.— Como las que tiene el lema E no alcanzan al cociente electoral, no pueden producir la elección de un solo candidato; pero como además de ese lema tienen otro sustitutivo, se agregarían á las 4000 listas que aparecen con el mismo lema C.— Siendo 1200 las listas que tienen el lema D, obtendrían la elección de un representante, que lo sería el candidato X, quedando un sobrante de 200 listas. En estas se anularía el lema D, puesto en primera línea, y como el lema sustitutivo es C, se agregarían también á las 4000 listas señaladas con la letra C. Resultarían entonces 5000 listas con el lema C y producirían la elección de cinco candidatos.— Así pues, el partido A, no obstante haberse dividido en tres fracciones, conseguiría una representación estrictamente proporcional, pues contando con 6000 adherentes, y siendo 1000 el cociente, ha elegido 6 representantes.

Al mismo tiempo que el sistema de Borely dá á todas las opiniones y á todos los intereses sociales una representación exactamente proporcional, y á todos los ciudadanos la más amplia libertad electoral, hace también innecesarias las coaliciones de las minorías permitiendo que todo partido pueda elegir sus representantes votando aisladamente y empleando sólo sus propios medios de acción. Toda agrupación electoral que cuente, por lo ménos, con un número de adherentes igual al cociente electoral, y que, por consi-

guiente, tenga derecho á llevar un diputado al seno de la asamblea representativa, no necesita coaligarse con otro partido para obtener, con toda seguridad, la elección de los representantes que proporcionalmente le correspondan.— Es esta una verdad que fácilmente puede comprobarse por medio de ejemplos prácticos. Por otra parte, no es solamente el sistema del voto doble simultáneo el que puede producir tan ventajoso resultado; todo procedimiento electoral que se funde en el principio del *cociente* hará completamente innecesarias las coaliciones de los partidos en la lucha electoral.

Todas estas observaciones demuestran, pues, que el plan de Borely responde á todas las exigencias de un buen sistema electoral. Sin embargo, se le hacen varias objeciones, y una de ellas es perfectamente fundada, como se verá en seguida. « Para mí, dice Luis V. Varela, (1) el sistema del voto doble simultáneo tiene tres inconvenientes prácticos muy graves:— 1.º Que reputo inaceptable el medio que se propone para distinguir los ciudadanos de cada partido, pues él se presta á fraudes muy serios; 2.º que obliga á todos los electores á tener un partido político, lo que está en pugna con la libertad individual, sobre todo si, como yo lo sostengo, se establece que el sufragio es un deber; 3.º que nada estatuye respecto á los candidatos que figuran en varias listas. »

Adolece efectivamente este sistema electoral del primer defecto indicado por el autor que acabo de citar. Su aplicación práctica tiene el grave inconveniente de que la mayoría, mediante un fraude que se puede cometer con suma facilidad, está en condiciones de elegir todos los representantes que correspondan á una circunscripción, usurpando así el derecho de las minorías. Voy á demostrarlo.— Supóngase que 10,000 electores, que forman dos partidos, A con 6000 adherentes y B con 4000, deben elegir 10 representantes. El cociente electoral es 1000, y, en consecuencia, al partido A corresponden seis representantes y cuatro al partido B. Pero el partido A quiere obtener los 10 representantes á elegirse y para ello resuelve que todos sus adherentes inscriban en sus listas de candidatos el lema adoptado por el partido B. La elección se verificaría entonces en la forma siguiente:

(1) « La Democracia Práctica » pág. 417.

Los 6,000 electores del partido A
votan por esta lista:

Lema = B	
Candidato	C
»	D
»	E
»	F
»	G
»	H
»	I
»	J
»	K
»	L

Los 4,000 electores del partido B
votan por esta lista:

Lema = B	
Candidato	a
»	b
»	c
»	d
»	e
»	f
»	g
»	h
»	i
»	j

Depositadas en esta forma las listas en las urnas, al verificarse el escrutinio general resultaría que los 10,000 electores habían votado con un mismo lema, y, por consiguiente, siguiendo las reglas del sistema de Borely, la comisión escrutadora establecería que á las 10,000 listas que llevan el lema B correspondían los 10 representantes de la circunscripción. ¿Cuáles serían entonces los 10 candidatos electos? — Los 10 que figuran en las listas del partido A, pues cada uno de ellos tiene 6,000 votos, mientras que sólo han conseguido 4,000 los candidatos del partido B — De modo, pues, que la mayoría, con un simple cambio de lema en sus listas, obtiene todos los representantes á elegirse.

Para hacer ménos notorio este fraude, el partido A podría emplear el siguiente medio. En vez de adoptar para las listas de todos sus adherentes el lema del partido B, se dividiría en dos grupos, uno de 5,000, y otro de 1,000 electores; el primer grupo inscribiría en sus listas el lema del partido B, y el segundo adoptaría otro lema. Entonces aparecerían dos grupos de listas al hacerse el escrutinio; el fraude se habría disfrazado; pero, el resultado de la elección sería siempre el mismo: el partido A, con las listas que llevan el lema del partido B, elegiría nueve diputados, y con las otras mil, un diputado, consiguiendo así los 10 de la circunscripción.

Como se vé, es tan grave ese defecto del sistema de Borely que, si no fuera posible encontrar el medio de destruirlo, lo alteraría profundamente convirtiéndolo en un falso procedimiento electoral, tan inaceptable como todos los demás. Pero es posible, en mi con-

cepto, corregir ese vicio por medio de una simple modificación que más adelante indicaré.

Otro de los defectos que se atribuyen á este sistema es el de que « obliga á todos los electores á afiliarse á un partido político. » — « Mr. Borely y los que le han seguido, dice Luis Varela, (1) no han querido reconocer la existencia de ciudadanos independientes, que no están afiliados á ningún partido político y que, sin embargo, desean ejercer sus derechos electorales. — Yo me coloco en un terreno más práctico; yo supongo que esos ciudadanos existen, porque no puedo suponer en la masa popular una uniformidad tan armónica de opiniones, que haga que el pensamiento, el deseo, las simpatías de millones ó millares de individuos, sólo se fraccionen en los cuatro ó cinco grupos que forman los bandos políticos »

« Basta tomar los mismos ejemplos que Borely cita; basta tomar cualquier escrutinio de una elección hecha, no importa en que país del mundo, para persuadirse que hay un número, á veces considerable, de votantes, que emite sus sufragios, pero que no los dá en armonía completa con los partidos electorales en lucha. Ante esta evidencia, una reflexión seria me ha venido á la mente, estudiando el sistema de Mr. Borely. Cuando el número de esos ciudadanos, que podrían llamarse *independientes*, sea tan alto que alcance á una, dos, tres, ó más veces el cociente electoral, ¿á qué partido se atribuirán sus sufragios? Mr. Borely y la Asociación Reformista de Ginebra dan respuesta categórica á esta pregunta declarando votos perdidos todos aquellos que se emiten por ciudadanos que no estén afiliados á un partido político; y, obrando en consecuencia de esta declaración, distribuyen los diputados que á ellos corresponderían, entre los partidos que han concurrido al escrutinio. »

« Esto es más que la injusticia; esto es lo arbitrario llevado al fondo de la urna electoral para hacerla falsificar la opinión de los votantes. No; si necesario es garantizar á los partidos su parte legítima de influencia en el poder, necesario es también asegurarle á los ciudadanos el valor de sus votos, libre ó independientemente emitidos. »

» En toda sociedad humana hay un número más ó ménos grande de individuos que, sin embargo de estar alejados de la vida agitada de los partidos, siguen con interés sus movimientos, y que,

(1) « La Democracia Práctica » pág. 421.

jueces imparciales, porque aprecian á los hombres sin pasion, estiman á cada candidato en lo que vale. »

» Si se negase á los electores en esas condiciones el derecho de votar, se cometería con ellos una verdadera tropelía, creando esas abstenciones forzadas que privarían al país del contingente importante de muchos hombres, libres de las ruindades á que el partidismo esponen. »

« Estoy persuadido de que todos aquellos que se preocupen de esto punto, estudiandolo con la calma que requieren todos los problemas de la ciencia política, encontrarán deficiente cualquier sistema electoral que no tome en cuenta, al distribuir los representantes de una manera proporcional, todos los votos independientes, sin más causa que su falta de vínculo con los bandos electorales. »

Estas son las consideraciones que aduce el autor de *La Democracia Práctica* para demostrar que el sistema de Borely obliga á todos los electores á afiliarse á un partido político si quieren hacer un uso eficaz de su derecho de sufragio.

Es indudable que en toda sociedad política existe siempre un número más ó ménos considerable de ciudadanos que no están afiliados á ningun partido político; pero esto hecho, de funestísimas consecuencias para la vida y el desenvolvimiento progresivo de los pueblos libres, no ha sido desconocido, como lo pretende el autor citado, por Mr. Borely y los que lo han seguido. Y léjos de impedir el sistema del voto doble simultáneo que esos ciudadanos, á quienes se quiere llamar independientes, puedan intervenir de una manera libre y eficaz en la lucha electoral, les ofrece, por el contrario, todo género de facilidades para que puedan realizar sus propósitos. El sistema de Borely no obliga á los electores á que se afilien á un partido político, sino que los deja, á esto respecto, en la más completa independencia, asegurándoles el valor y la eficacia de sus votos, libre ó independientemente emitidos, siempre que, segun las reglas á que legítimamente debe estar sometido, no el funcionamiento de un sistema electoral determinado, sino el ejercicio mismo del derecho de representacion, tengan derecho á elegir uno ó más representantes.

Como Borely, al hablar de los lemas que, segun su sistema, deben inscribirse en las listas de candidatos, y al explicar por medio de ejemplos prácticos el funcionamiento del mecanismo por él ideado, se ha servido siempre de los nombres de los partidos políticos que existen en su país, se ha creído indudablemente por los adversarios

de este sistema, que uno de sus elementos necesarios es que cada elector adopte forzosamente como lema, para su lista de candidatos, *el nombre del partido á que pertenece*. Y entónces se han hecho esta reflexion: los ciudadanos independientes, esto es, los que no forman parte de ningun partido político, no pueden poner ningun lema en sus listas de candidatos y, por consiguiente, se ven en la imposibilidad de votar si se aplica el sistema de Borely. Pero esta reflexion es tan falsa como el dato que lo sirve de punto de partida. No requiere, en efecto, este sistema electoral que todas las listas de candidatos lleven como el lema el nombre del partido á que cada elector pertenece. Ese lema sólo se inscribe en las listas con el exclusivo objeto de que, al verificarse el escrutinio general, los escrutadores las clasifiquen en distintos grupos para atribuir á cada uno de ellos un número de representantes proporcional al número de listas que lo forman. Luego pues, cada conjunto de electores que pertenezcan á un mismo partido, ó que en la lucha electoral persigan el triunfo de unas mismas ideas, podrá adoptar indistintamente como lema el nombre de un partido político, ó una palabra cualquiera. Lo único que este procedimiento electoral exige es que todos los ciudadanos que formen una agrupacion electoral adopten un mismo lema para sus listas.

He dicho que el sistema de Borely no obliga á los electores á que se afilien á un partido político para poder votar eficazmente, y que los ciudadanos *independientes* pueden conseguir siempre la representacion que legítimamente les corresponda. Y esta es una verdad que facilmente se demuestra. Supóngase que en una circunscripcion deben elejirse 10 representantes, y los electores están divididos en la siguiente forma: el partido A tiene 5000 adherentes, 3000 el partido B, y además de estos electores, hay tambien otros 2000 que no están afiliados á ningun partido, son ciudadanos *independientes*. En este caso el cociente electoral está formado por 1,000 votos, y, por consiguiente, el partido A debe elejir 5 representantes y 3 el partido B. En cuanto á los 2,000 ciudadanos independientes, la eleccion producirá diferentes resultados segun sea la conducta por ellos observada. Si todos ellos profesan las mismas ideas, si desean llevar al seno de la Asamblea Representativa individuos que sostengan los mismos principios políticos, deberán ponerse de acuerdo al solo efecto de adoptar un mismo lema para todas sus listas, conservando la más ámplia libertad para designar sus candidatos. Si se encuentran divididos en dos ó más fracciones

cada una de esta tendrá también que adoptar un lema especial para sus listas de candidatos. En estos dos casos, la elección produciría estos resultados.

Votando los 2,000 independientes con un mismo lema

Votando, divididos en dos grupos

1,000 por esta lista

1,000 por esta lista

Lema X
a
b
c
d
e
etc.

Lema D
a
b
c
d
e
etc.

Lema E
f
g
h
i
j
etc.

El escrutinio general acordaría en ambos casos á los electores independientes dos representantes. Si los 2000 han votado con el lema X, como el cociente electoral es 1000, el conjunto de listas que llevan ese lema tiene derecho á dos diputados. Si han votado en dos grupos de 1000 electores, cada uno de ellos alcanza al cociente y elige, en consecuencia, un diputado. Quiere decir, pues, que los ciudadanos independientes, sin necesidad de afiliarse á un partido político, han conseguido una representación exactamente proporcional.

Ahora, si esos 2000 ciudadanos no se ponen de acuerdo; si es tal la diversidad de opiniones que profesan, que no consiguen formar, por lo ménos, varias agrupaciones electorales de manera que cada una de ellas cuente con un número de votos igual al cociente electoral, entonces es indudable que, con la aplicación del sistema de Borely, no conseguirían ni un solo representante. — Pero en tal caso no podría decirse que, si los ciudadanos independientes no obtienen representación alguna es porque el sistema electoral empleado es defectuoso. Los votos de esos electores serían ineficaces, tendrían que ser considerados como votos perdidos, no porque el mecanismo electoral empleado es imperfecto, sino porque, legítimamente, esos ciudadanos no tienen el derecho de elegir representantes. El derecho de representación es un derecho *colectivo*; para que un candidato sea electo es indispensable que obtenga un número de votos igual al cociente electoral, y para que un ciudadano pue-

da concurrir eficazmente con su voto á la elección de un diputado, es también indispensable que se ponga de acuerdo con otros ciudadanos, cuyo número sea igual al cociente electoral. — De modo pues que, si los 2000 electores independientes no se ponen de acuerdo para votar; si cada uno de ellos vota aisladamente, cualquiera que sea el sistema electoral empleado, no pueden conseguir, en estricta justicia, la elección de un solo candidato.

Réstanos ahora examinar el último defecto que se atribuye á este procedimiento electoral. — « Nada estatuye el sistema de Borely, se dice, respecto á los candidatos que figuren en varias listas de distinto lema. » Un candidato, se agrega, puede aparecer en las listas de varias agrupaciones electorales y conseguir más votos que todos los demás; pero como no pueden contarse en su favor todos esos votos sino aisladamente, puede muy bien suceder que no resulte electo. — En una circunscripción, por ejemplo, en que deben elegirse 5 representantes por 5,000 electores, fraccionados en dos partidos, A con 3,000 adherentes y B con 2,000, el candidato X puede figurar en las listas de dos partidos, obtener en ellas más votos que cualquier otro candidato, y no resultar, sin embargo, electo. Supóngase que los dos partidos han votado en la siguiente forma:

VOTOS DEL PARTIDO A		VOTOS DEL PARTIDO B	
Candidato c . . .	3,000 votos	Candidato h . . .	2,000 votos
» d . . .	3,000 »	» i . . .	2,000 »
» e . . .	3,000 »	» X . . .	1,900 »
» X . . .	2,500 »	» j . . .	1,500 »
» f . . .	2,000 »	» k . . .	1,500 »
» g . . .	1,500 »	» l . . .	1,100 »

Como en el presente caso el cociente electoral es 1000, el partido A, con sus 3000 votos, obtiene 3 representantes, y se proclaman electos los candidatos c, d y e que tienen mayoría de sufragios; y el partido B, que cuenta con 2000 adherentes, elige dos representantes, que lo son los candidatos h é i. — Sin embargo, el candidato X ha conseguido 2,500 votos en las listas del partido A y 1,900 en las del partido B, que hacen la suma de 4,400 votos; ha reunido, pues, un número de sufragios mucho mayor que cualquier otro candidato, y no obstante esto, no es proclamado electo, porque el sistema de Borely no permite que se cuenten en favor de un mis-

mo candidato los votos que haya obtenido en listas de distintos lemas.

Esta objecion es completamente infundada.—No es posible, en efecto, suponer que los electores de un partido político voten por un candidato que no responde á sus ideas, que milita en las filas de un partido opuesto.—Me esplicaría que, en una eleccion verificada con arreglo al sistema de la representacion exclusiva de la mayoría, el partido que cuenta con más adherentes y que puede, por consiguiente, elegir todos los representantes de la circunscripcion, resolviera votar en favor de un ciudadano de extraordinarios méritos que formara parte de otra comunidad política, porque procediendo así, no podría verse perjudicado en sus intereses, no correría el riesgo de dar á sus adversarios una influencia preponderante en el seno de los Poderes Públicos. Me esplicaría que, en ese caso, el partido más numeroso tratara de elegir candidatos que pertenecen á otros partidos, comprendiendo que la representacion de las minorías es sumamente útil y ventajosa para la buena marcha política de las sociedades.—Esto puede admitirse como posible, aun cuando puede asegurarse que jamás se ha verificado; no conozco, por mi parte, caso alguno en que los electores de un partido hayan influido con su voto, honestamente emitido, en la eleccion de un adversario. Pero lo que no se puede suponer es que, practicándose un sistema de representacion proporcional, pudiendo todos los partidos llevar sus propios elementos á la Representacion Nacional, los electores de un bando político den su voto en favor de ciudadanos que pertenecen á un bando opuesto.—Porque en este caso, como el más vivo deseo de cada agrupacion electoral seria indudablemente el de tener, por lo ménos, un número de diputados estrictamente proporcional en la asamblea representativa, buscaría sus candidatos en sus propias filas, y preferiría siempre aquellos cuyas opiniones políticas fueran más definidas y cuya adhesion al partido fuera más notoria y decidida. No es posible pues admitir que en una eleccion pueda suceder que un mismo candidato aparezca en las listas de distintas agrupaciones electorales.—Ese vicio que se atribuye al sistema de Borely es completamente imaginario.

De todas las objeciones que se oponen al sistema de Borely, sólo una queda en pié, la que se refiere á la posibilidad de que la mayoría, mediante un fraude de muy fácil ejecucion, consiga todos los representantes de una circunscripcion, usurpando así el dere-

cho de las minorías.—Pero he dicho que ese inconveniente puede remediarse, y ha llegado el momento de explicar la modificacion que, en mi concepto, produce ese resultado y coloca al sistema del voto doble simultáneo en condiciones de poder ser considerado como la verdadera solucion del importantísimo problema de la reforma electoral.

Cartas íntimas sobre la América del Norte

TRADUCIDAS Y ANOTADAS

POR DON AGUSTIN DE VEDIA

EL TRADUCTOR

La Condesa de Mirabeau acaba de publicar las cartas íntimas escritas por su tío, el antiguo diplomático francés, M. de Bacourt, en la época en que ejercía sus funciones ante la gran República del Norte. Despiertan esas cartas un vivo interés, á pesar de haber pasado cuarenta años sobre ellas. Relacionadas principalmente con las costumbres de la sociedad norte-americana, que no se han modificado notablemente, y acerca de las que poco se ha escrito, contienen á menudo una crítica aguda é ingeniosa, que brotando de un espíritu imbuido en hábitos y preocupaciones tan diversas, suelen presentar aquellos contrastes curiosos ó instructivos que surgieron mas tarde á un compatriota suyo, de nombre popular y simpático, la idea de un precioso libro, vulgarizado en ambos mundos: PARIS EN AMÉRICA.

Las *cartas íntimas* de M. de Bacourt son de un mérito y de una *novedad* poco comunes. Encierran las impresiones naturales y sencillas de un hombre distinguido, colocado en una posición elevada, que le permitía frecuentar y dominar una sociedad tan digna de ser estudiada, y que espresaba así familiarmente todos sus pensamientos, destinados á permanecer reservados, hasta el momento en que, la mano amiga que los reunía, los evoca, como una voz de ultratumba, y los entrega á los comentarios del mundo.

En medio de pintorescas descripciones y de informaciones estadísticas que ponemos al día, por medio de notas, contienen esas cartas frecuentemente alusiones singulares á los personajes célebres en la política, en la diplomacia ó en las letras. Los nombres de

Talleyrand de quien M. de Bacourt fué secretario y discípulo; los de Guizot, Palmerston, Lafayette, Tocqueville, Chateaubriand, Washington, Irvington, Dickens, y muchos otros, sin esceptuar los de argentinos como Alvear, personajes vivos en la época á que se remontan esas cartas, aparecen frecuentemente en ellas, envueltos en interesantes anécdotas, que tienen todavía su sabor, y no pocas veces aclaran algunos sucesos que ha recojido la historia.

M. de Bacourt juzga con pasión las instituciones políticas de la gran República y comete en ese sentido errores deplorables que es fácil rectificar, no sólo en cuanto á los hechos, sino en cuanto á la enunciaci3n de sus causas inmediatas. Influyen sobre todo en esos errores las pasiones y preocupaciones monárquicas y hasta la nostalgia del ministro, que consideraba su misi3n diplomática como un ostracismo; que echaba de menos á todas horas á la patria lejana, idealizada por la imaginaci3n; haciendo á cada paso comparaciones de efecto deplorable entre las costumbres de su propio país y las del pueblo americano. Su espíritu estaba muy léjos de la observaci3n sagaz y justiciera del compatriota suyo ya citado, que juzgando en otro libro á los Estados Unidos, ha dicho:

«No debo pedirse á una sociedad, así constituida, la regularidad, ni la dulzura de nuestra civilizaci3n. Entregado á sí mismo, el individuo es allí más áspero y más rudo; la existencia es más ruidosa y agitada. Es un taller en que cada uno busca su puesto, sin esperar nada sino de su energía y de su trabajo. Pero, bajo ese desórden aparente que alarma á las almas tímidas, cómo se siente desbordar la vida! Cuánto mas enérgico y más grande se vé allí al hombre, dueño de su destino!»

La obra tiene un nuevo atractivo. Aparece bajo los auspicios de un nombre célebre. La condesa de Mirabeau, sobrina política del gran tribuno, y sobrina de M. de Bacourt, es la que se ha encargado de sacar del olvido las cartas del diplomático francés, realzando con ese motivo la personalidad de su tío, y consagrando interesantes reflexiones á las memorias de Mirabeau y de Talleyrand, de las que M. de Bacourt fué depositario. Las del primero, son del dominio público hace más de treinta años, pero las del segundo, como se sabe, se conservan todavía inéditas. Como lo hace saber la condesa, esas memorias no deben aparecer hasta el año de 1888, ó sea ántes de cinco años, en virtud de las condiciones impuestas por el mismo Talleyrand, y por Mr. de Bacourt, su ejecutor testamentario. Esa publicaci3n próxima será un verdadero

acontecimiento literario é histórico y resonará en el mundo político en el que ocupó tanto lugar la figura del Prelado, absorbido por el diplomático.

Creemos que las cartas íntimas de M. de Bacourt serán una lectura amena é instructiva, tanto para las personas de letras como para la generalidad de los lectores, en lo que se habrá cumplido el precepto del poeta latino.

MR. DE BACOURT

He hallado estas páginas sobre la América entre los papeles de Mr. de Bacourt, mi tío.

Cuando era ministro plenipotenciario en Washington, cada paquete que partía para la Francia llevaba sus relatos y sus apreciaciones. Más tarde, le fueron devueltas esas cartas, coleccionadas con cuidado, y como ellas hacen conocer también á los Estados-Unidos, según eran hace cuarenta años, he creído que debía publicarlas.

Lo que particularmente me ha impresionado al copiarlas, es la observación de que la forma republicana estaba lejos de ofrecer un resultado satisfactorio en ese país que no tenía sin embargo que luchar contra ningún recuerdo monárquico, contra ningún partido, contra ninguna corriente contraria. Esta nación de nuevo nacida, emancipada al día siguiente de la opresión y de la servidumbre, libre, rica, independiente, se presenta triste, descontenta ó inspira un sentimiento penoso; aún siguiendo con atención á ese pueblo que se forma y se constituye, se siente el ánimo contrariado en ese vasto y hermoso país, cuyas únicas pasiones, — muy contradictorias, — son el amor del oro y el amor de la libertad. (1)

(1) La historia de los Estados-Unidos, su desenvolvimiento prodigioso, sus inmensas conquistas de todo orden, su crecimiento constante é irresistible, la solución que ha dado á sus más serios problemas, la energía y la sensatez de sus hombres, la estabilidad y perfeccionamiento de sus instituciones—su mejoramiento constante por la acción moral y fecunda de la educación y de la instrucción, que tanto caracteriza á ese gran pueblo; todo eso, felizmente, desvanece las aprensiones de M. de Bacourt y de la condesa de Mirabeau, exageradas por esta última, y comprueba la penetración de Talleyrand que lo consideró hace setenta años como «un gigante en la cuna». Una constitución de más de un siglo, ampliada sin alteración fundamental; una población de más de cincuenta millones de habitantes, en asombrosa actividad, sobre nueve millones de kilómetros cuadrados; que se duplica en menos de 25 años: un comercio de importación y exportación que representa 15,000,000,000 de dollars; una renta que se eleva á 350,000,000 de dollars; la redención completa de la raza esclava; un

Nada inclina á la simpatía, nada inspira la confianza, nada atrae la admiración. Se ve á los representantes de la Nación lanzarse recíprocamente injurias en pleno rostro; batirse á puñetazos y cuchilladas en las calles, en los lugares públicos, y en el mismo Congreso; el Ministro de negocios extranjeros se embriaga en una comida ofrecida al cuerpo diplomático por el Presidente de los Estados-Unidos, y la urbanidad no se encuentra en ninguna parte en esta sociedad donde no se reconocen gerarquías. (1)

Creo que debo recordar aquí la personalidad y la carrera del que escribía esas cartas, y cuyo recuerdo, por un azar singular, se halla unido á dos grandes figuras históricas: Mirabeau y Talleyrand.

presupuesto escolar que no baja de 90,000,000 de dollars, para las escuelas públicas; más de 200,000 escuelas de ese orden; sumas enormes invertidas en establecimientos especiales de instrucción y educación; fortunas colosales aplicadas á ese objeto por la abnegación privada de los ciudadanos; esos y numerosos hechos que no es posible anotar aquí, darán idea de los frutos de las sabias instituciones adoptadas por las antiguas colonias inglesas, y vivificadas por el espíritu de aquel pueblo, cuyas únicas pasiones, según la expresión de la condesa, son «el amor del oro y el amor de la libertad». Pasiones que, por otra parte, se compensan y se equilibran. Si pudiera ser funesto el interés exclusivo, el sentimiento de la libertad bastaría para dirigirlo, como basta para sugerir y realizar en la historia las hazañas que más ennoblecen á los pueblos. Fué esa la bandera del Norte en la tremenda lucha civil; con ella triunfó, y ella preside á la estabilidad y desenvolvimiento de la nación norte-americana en el tiempo y en el espacio.

(N. del T.)

(1) La sobrina de M. de Bacourt se refiere á incidentes particulares que impresionaron á su tío y que éste ha consignado en algunas de sus cartas. El mismo M. de Bacourt, sin embargo, tuvo un momento de buena inspiración, en el que hizo las siguientes reflexiones, muy verdaderas, olvidadas otras veces por él, y que la condesa pasa desapercibidas también.

«Me parece que, en general, escribía, todos los que han escrito sobre la América y los americanos no han dado la parte suficiente al tiempo y á las circunstancias. La raza anglo-americana está encargada en mi concepto de una misión providencial—la de poblar y civilizar este inmenso continente; marcha ella al cumplimiento de esa tarea sin preocuparse de las dificultades que pueden oponérsele, y eso es lo que explica las anomalías tan fáciles de observar y de criticar; pero es injusto retenerse en los detalles; no debe verse sino al conjunto, y ese conjunto es grande, majestuoso, imponente! ¿No es imponente, en efecto, ver una población de tres millones, hace sesenta años, y reunida entonces en el litoral del Atlántico, alcanzar hoy la cifra de diez y ocho millones y extenderse muy pronto hasta las márgenes del Océano Pacífico? « (Carta del 31 de Julio de 1840)

Que diría Mr. de Bacourt, hoy, si viviera, en presencia de los inmensos progresos realizados, ante las informaciones de la estadística?

(N. del T.)

Nacido en 1801, entró en la diplomacia en 1822, y era embajador en Turin, cuando envió, al día siguiente de la revolución de Febrero, su dimisión á M. de Lamartine. No se ligó despues á ningun poder público pareciéndole que los unos se acercaban demasiado á la anarquía y los otros á lo arbitrario. Su retirada prematura fué para él un gran sacrificio, pues tomaba en « la cosa pública » el interés vivo y constante que muchas personas no toman sino en sus propios negocios, pero no quiso transijir ni con sus convicciones ni con sus afecciones políticas.

Al principio de su carrera conoció en la Haya al conde de la Marck, príncipe de Aremberg, á quien Mirabeau escribía el 17 de Julio de 1790 :

« He ahí, mi querido conde, dos paquetes que no entregareis á nadie sino á mí, cualquiera cosa que suceda, y que, en caso de muerte, comunicareis á quien tenga bastante interés en mi memoria para defenderla ».

El conde de la Marck le respondió :

« El celo más esclusivo sabrá, á falta de otra calidad, elegir á los que sean dignos de hablar de vos ».

Cuarenta años más tarde confiaba la defensa « del gran tribuno », á M. de Bacourt, quien, durante su carrera activa y errante, no pudo ocuparse de ella, y no fué sino en 1851 que apareció *la Correspondencia de Mirabeau*, con cuyo sobrino segundo me habia casado en 1848, sin que mi tío, que ya me trataba como hija adoptiva, hubiere contribuido en nada á ese matrimonio; pero esta singular coincidencia le hizo tomar aún con mayor ardor la misión que le estaba confiada.

La Correspondencia de Mirabeau, estableció de una manera clara y precisa sus sentimientos y sus convicciones. Este hombre, que no habia cometido sino faltas y que se trataba como criminal, habia adquirido á caro precio el derecho de combatir las leyes arbitrarias de que fué víctima. Quiso ante todo poner límites al poder sin límites y sin fiscalización, en virtud del cual habia pasado la mayor parte de su vida en las prisiones de Estado. Más tarde, es cierto, trató de poner á raya la Revolución y establecer las bases de un gobierno constitucional, pero no se « vendió » segun se le ha acusado, pues que tratando de salvar la monarquía espirante, no obedecía sino á sus propias convicciones. Habia hecho el 89, pero no queria el 93.

Mortificado por sus acreedores, obligado á escribir con el día

los libros y folletos cuyo precio se le arrojaba, forzado á sustraerse sin cesar á sus persecuciones, torturado por miserables dificultades materiales, no era dueño de su tiempo ni de su espíritu, y fué en esas circunstancias, y para volver á entrar en plena posesión de su génio, que aceptó de la corte el pago de sus deudas.

Dejándose aliviar de las cadenas que pesaban sobre su vida, no pensaba ciertamente ni en hacer fortuna, ni aún en tasar su elocuencia, y una carta dirigida á la señorita de Nehra afirma de una manera notable su indiferencia completa por sus intereses personales, pues en medio de las más crueles dificultades pecuniarias, respondia á su querida, que le preguntaba en qué estado se hallaba uno de sus procesos :

« Tengo otra cosa que hacer, que pensar en esas bagatelas! Sabéis en qué situación nos encontramos? Sabéis que el agiotismo ha llegado á su colmo? Sabéis que en breve no habrá un sueldo en el tesoro público? »

Y cuando eso escribía, su propia bolsa no contenia ya un ocha-vo! Ese grito de angustia era la prueba bien irrecusable de que Mirabeau tenia el amor desinteresado de la patria y el desden por el dinero.

Inmediatamente despues de la publicación de las cartas de Mirabeau, M. de Bacourt se ocupó de las memorias de Talleyrand.

Habia sido enviado á Lóndres en misión, en 1830, cerca del ilustre diplomático que representaba entónces á la Francia en Inglaterra. Apenas lo trató, M. de Talleyrand, cuando solicitó conser- varlo, y le hizo pasar prontamente al rango de primer Secretario de embajada. El príncipe tenia todavia una elevada inteligencia de las cosas, la firmeza de juicio y la perseverante voluntad ante la cual tantas potencias debieron plegarse, pero no permitiéndole ya la edad entregarse al trabajo, su jóven secretario, á quien con una sola palabra hacia comprender sus vistas, llegó á ser para él un complemento necesario. Muchos jefes no hubiesen confesado eso, pero M. de Talleyrand lo hizo en alta voz al rey Luis-Felipe, recomen- dándole á mi tío, y durante una ausencia de cuatro meses á que se vió obligado por razon de salud, confió á ese diplomático de veinte y ocho años la dirección de los negocios que se trataban en Lóndres, y que, en esa época, eran los más importantes de la Europa.

Algunos años más tarde, cuando el príncipe, retirado en Paris desde hacia tiempo, sintió aproximarse el término de su existencia,

hizo llamar á su lado á M. de Bacourt, que compartió con toda su familia el cuidado de reconciliarle con la Iglesia; cada uno se dedicó á ello con todo su corazón y toda su alma, y el que durante medio siglo habia dirigido la Europa, arrojó, acaso por la primera vez de su vida, una mirada fuera de las fronteras de este mundo; en el mismo instante, una niña, «bella como la luz», vestida de blanco y envuelta en un largo velo, venia á arrodillarse á sus piés pidiéndole su bendición. Era la hija del baron de Talleyrand, — madame Stanley, — que iba á hacer su primera comunión. El Obispo de Autun, profundamente conmovido, la bendijo. En algunos minutos, se habia realizado su conversión!

En medio de los desfallecimientos de sus afecciones dinásticas, una cosa se destacaba brillantemente en la vida de M. de Talleyrand: es la de que él se consagró siempre, y ante todo, á conservar ó á devolver á su país su fuerza y su esplendor. Supo en toda circunstancia servir útil y poderosamente á la Francia, y cuando ésta se vió invadida por la Europa, fué un triunfo maravilloso haberlo devuelto en el Congreso de Viena, sus fronteras intactas. Mereció realmente ese grande y hábil diplomático que se lo llamara «el libertador del territorio.»

Por ese testamento, de fecha 10 de Enero de 1834, M. de Talleyrand instituyó por legatario universal y ejecutor testamentario á su sobrina, la duquesa de Dino, nacida princesa de Courlande, exigiéndole de la manera más formal que no publicase sus memorias sinó treinta años despues de su muerte. Por dos codicilos, de 13 de Mayo de 1837 y de 17 de Marzo de 1838, el príncipe encargó á M. de Bacourt que reemplazara á la duquesa de Dino en el caso en que ella no sobreviviera al plazo de treinta años, y acordó á sus dos ejecutores testamentarios el derecho de postergar la publicación de sus memorias si lo juzgaba necesario.

M. de Talleyrand murió el 19 de Mayo de 1838, y la señora duquesa de Dino, que fuó más tarde duquesa de Talleyrand y de Sagan, el 19 de Setiembre de 1862; pero mucho tiempo antes de su muerte habia remitido á mi tío todos los papeles del príncipe.

Fuó una tarea considerable unir los diversos fragmentos de esas memorias, pues M. de Talleyrand, cada vez que un acontecimiento daba mérito para ello, se contentaba con escribir lo que ocurría, arrojando despues todo eso confundido con notas, las unas sobre las otras.

Queriendo M. de Bacourt apoyar las narraciones del príncipe en documentos auténticos, recorrió varias veces la Europa entera para hallar en los archivos de las legaciones pruebas inútiles á su propia convicción, pero necesarias á la historia, y teniendo el presentimiento de un próximo fin, trabajaba á veces hasta diez horas por día para no dejar incompleta su tarea.

Mi madre, legatario universal y ejecutor testamentario de su hermano, fué encargada por él de entregar las *Memorias* del príncipe de Talleyrand á los señores Chatelain y Paul Andral, quienes son sus depositarios hace diez y siete años. El artículo del testamento de mi tío relativo á ese depósito, termina así: «Impongo como condicion espresa á M. M. Chatelain y Andral, la de que no podrá hacerse publicación alguna estraída de esos papeles, en ningun caso ántes del año 1888, agregando así un término de veinte años al de treinta fijado por el príncipe de Talleyrand.»

Por otra parte, M. de Bacourt legaba á M. M. Chatelain y Andral una suma de diez mil francos para indemnizarles de los cuidados que podrian exigirles la custodia y la publicación de las *Memorias* de M. de Talleyrand.

Se ve, segun esta esplicacion formal, que los depositarios de esas memorias no tienen el derecho de publicar una sola línea de ellas antes del año de 1888, y por consiguiente, los rumores que en distintas ocasiones han circulado sobre su aparición prematura, no podian tener fundamento alguno.

No me corresponde explicar hoy los motivos que han inducido á mi tío á imponer ese largo retardo, pero hago constar que en eso ha hecho abnegacion completa de todo interés personal, pues hecha durante su vida, ó inmediatamente despues de su muerte, aquella publicación habria unido á su nombre una gran notoriedad. (1).

Durante los años que pasó en su retiro, se ocupó, pues, de esos diferentes trabajos que, como he dicho, exigen numerosos y largos viajes; además, algunas ilustres amistades le llamaban tambien al extranjero.

Desde 1835 á 1840 fué ministro de Francia en Carlsruhe; el

(1) Esos motivos se alcanzan fácilmente, teniendo en cuenta los diversos papeles que desempeñó el célebre diplomático á fines del siglo pasado y en la aurora del presente, así como los juicios severos de que sus contemporáneos le hicieron objeto. M. de Bacourt ha creído sin duda, con recomendable celo y noble abnegacion que interesaba á la reputacion de su antiguo protector hacer el silencio de medio siglo en torno de su tumba.

gran duque le profesaba una verdadera afección, y era también favorable y particularmente acogido por la gran duquesa Estefanía, tía de Napoleón III, quien, internado entonces en Carlsruhe, se hallaba bajo la vigilancia del ministro de Francia, y obligado á ir de tiempo en tiempo á la legación, para hacer constar su presencia. Nadie preveía en aquel tiempo que el príncipe que vivía tan penosamente en una triste dependencia, subiría un día al trono que había tratado de conmovier por conspiraciones á las que se daba el nombre de « barrabasadas ». La barca que llevaba á « César y su fortuna » parecía entonces muy lejos de la orilla.

Habiendo conservado sus relaciones con la casa reinante de Baden, M. de Bacourt iba frecuentemente á Coblenz, cerca de la gran duquesa Estefanía, y se hallaba aún allí cuando su nieta, la princesa Carolina Wasa, rehusó llegar á ser la emperatriz de los franceses. Era sin embargo el sueño de la gran duquesa, y el vivísimo deseo de Napoleón III, que tuvo con la joven princesa una entrevista en Baden; pero halló á su primo « demasiado viejo ».

Tenia ella entonces diez y ocho años, y el emperador cuarenta y cuatro. No quería además ella, descendiente de los reyes de Suecia, desposeidos por Napoleón I, casarse con un Bonaparte. Una corona imperial, sin embargo, parecía « una verdadera ocasión » para una princesa desterrada; pero no dejándose deslumbrar ni influenciar, resistió á todas las instancias con una rara energía.

Un año después, se casaba con el príncipe de Sajonia, y es todavía hoy reina de ese pequeño reino.

La gran duquesa Estefanía había presentado á M. de Bacourt en 1849, al príncipe y á la princesa de Prusia, que habitaban el castillo de Coblenz una gran parte del año. El que debía ser más tarde un poderosísimo monarca, se mantenía en esta época alejado de la política y á menudo de la corte; mientras que su hermano pudo reinar se contentó con ser el primer súbdito del rey. Mi tío admitido durante quince años en la intimidad del emperador de Alemania, vió crecer el príncipe heredero y á su interesante hermana la duquesa de Baden; tenía una profunda afección por la casa de Prusia, y si algo puede consolarnos de su pérdida prematura, es pensar que le ha sido ahorrado el dolor de asistir á la guerra de 1870.

Descubro que esas cartas sobre la América recomienden á M. de Bacourt al recuerdo de sus amigos; las escribía sin sospechar que serían publicadas un día; al transcribirlas, me parecía oírle con-

versar y verle todavía entre nosotros, pues se encuentra, en cada página, la originalidad no buscada, que amenizaba el más insignificante relato. Tenía una inteligencia superior, el talento de la réplica, una gran facilidad de trabajo, una gran firmeza de juicio que nada hacía desviar, y esa penetración rápida y segura que en la carrera diplomática es una garantía del éxito; debía también á su espíritu recto é ilustrado la facultad de prever los acontecimientos y esa facultad se aplicaba con una precisión igual á las cosas de la vida privada y á las cuestiones políticas de la Francia y del Extranjero. Se observará en esta correspondencia de 1840 á 1842, que entreveía 15 años ántes, el drama sangriento que debía dividir más tarde el Norte y el Sur de la América en dos campos en que los odios y las rivalidades hicieron olvidar los intereses comunes de una misma patria (1).

De un físico muy agradable en su juventud, conservó siempre una rara elegancia; distinguido, sencillo y natural, no sólo sabía agradar, sino que sabía también hacerse amar; aun oscureciéndose con una extrema reserva, nunca pasó desapercibido, y ántes de ser « alguna cosa », era « alguno ».

Tuvo el talento de elevarse sin atraerse la menor enemistad. Se recurría con frecuencia á su crédito; era generoso y desinteresado, pero en ninguna circunstancia acordó su apoyo á quien no merecía su estimación. Ante todo, era recto y firme, y el príncipe de Talleyrand escribía al rey Luis-Felipe: « Conozco pocas personas cuyo carácter pueda compararse al de M. de Bacourt, y jamás hallé uno más honrado. »

Una sola palabra, de una exactitud sorprendente, dicha alegremente por él, reemplazaba á menudo un consejo y alcanzaba mucho mejor el objeto. Aquí mismo donde escribo estas líneas, entré hace próximamente treinta y cinco años, en su casa, con el látigo en la mano, escalando una ventana del piso bajo, y le dije con un aire demasiado travieso probablemente: « ¿ Quereis venir á pasearos conmigo, tío mio? — Me respondió: « De buena gana, sobrina mía! »

Había tenido siempre para con mi madre una afección particular, y mi padre, ántes de ser su cuñado, era su amigo más amado

(1) Pero la Unión Americana volvió á surgir de la larga y sangrienta contienda más grande que nunca, después de haber conquistado y afirmado la libertad de una raza que se componía de millones de hombres — jornada la más brillante en la historia de la civilización humana.

y más respetado. Vivíamos todos juntos cuando no estaba en el extranjero, y pude durante toda mi vida apreciar en su alto valor su carácter, su inteligencia y su corazón. Faltaría algo á este retrato sinó dijese que sus creencias fueron siempre inalterables y su muerte admirablemente cristiana.

Estoy cierta de que ninguno de los que le conocieron hallarán exajerados los elogios que me inspiran su recuerdo y la ternura filial que tenia por él.

CONDESA DE MIRABEAU.

Cossesseville, 1.º de Junio de 1832.

CARTAS ÍNTIMAS

I

Lóndres, 21 de Mayo de 1810.

Acabo de ver á M. Guizot; hallé á este embajadorcito muy bien instalado en su magnífico palacio, contento de su situacion, de la marcha de los negocios, de todo el mundo y de todas las cosas, pero quejándose con todo de una especie de aislamiento cuya impresion le deja el gran movimiento de Lóndres. Oigo decir que tiene aquí cierto éxito, debido á su ingenio feliz, pero que nadie procura relacionarse con él. Donde va más frecuentemente es á Holland House y á casa de madame Stanley, esposa de Edward Stlanley, bastante radical. Se ha considerado de mal gusto que haya pedido á madame Stanley le invitase á comer en compañía de O'Connell.

Lóndres está más animado aún que hace cinco años; las tiendas más resplandecientes; es un lujo y una magnificencia que borra todo lo que puede ofrecer Paris, donde el lujo es sin embargo tan extraordinario! . . . Me inclinaria á creer con M. Guizot que un país en el que todos los géneros de prosperidad se han desarrollado en tan alto grado, está muy léjos de una revolucion, si otros signos no viniesen á exitar mi inquietud. Pienso en lo que sucede en Francia, donde una mala cosecha comprometeria la existencia del gobierno.

Por otra parte, aquí la reina está espuesta á ser el blanco de la maledicencia, el gobierno no tiene fuerza moral, el ministerio está

en minoría en el Parlamento, á lo ménos una vez al mes; el radicalismo hace progresos lentos pero ciertos, y la aristocracia pierde cada dia su influencia en provecho de la clase media que es ambiciosa y agitada. — En fin, la Inglaterra tiene en este momento dificultades bastante serias que resolver con el Portugal, la España, Nápoles, Egipto, Grecia, la China y los Estados-Unidos. (1)

Su política exterior es dirigida por un hombre ajitador, hábil, es cierto, pero que se lanza sin cesar en nuevas dificultades ántes de haberse salvado de las que ha provocado por su imprudente lijereza: sus colegas lo sienten, lo saben, pero sería necesario para remediarlo que uno de ellos tomase la direccion de los negocios exteriores, y son, ó demasiado indolentes, ó incapaces de hacerlo. Tal es la idea que me ha sujerido el estado de este país, desde mi llegada; me he obligado á comunicaros todas mis impresiones, falsas ó justas, á riesgo de volver sobre ellas si algo las modifico más tarde.

He comido con lady Burghersh en casa de la pobre condesita Bathyani; la conversacion rodó casi exclusivamente sobre las pequeñas necedades de la sociedad de Lóndres, y en particular sobre las de lady Jersey. Lord William Russel, que acaba de ser asesinado, era su cuñado, lo que le hacía deplorar, hace algunos dias, delante de

(1) El realista francés trasportado al seno de una monarquía tan vecina de la democracia, se avenía mal con esas instituciones que dejan tanta influencia al espíritu popular, y temia que ese sistema sólo se conservase á costa de la corona. Los sucesos han demostrado lo contrario. — «La monarquía inglesa se sintió bambolear cuando pretendió arrancar sus derechos de si misma, como una propiedad personal y absoluta, en cuya pretension, calificada de usurpacion, se halló frente á frente de un pueblo altivo y varonil que se sentía el único soberano originario. Pero cuando consintió en ver en su poder una simple delegacion de la Nacion, ésta á su vez reconoció su legitimidad. — La monarquía nace de una transaccion y de un doble principio: el de la soberanía popular y el de la herencia. El monarca llena así una funcion importante, pero no indispensable, y su desaparicion no impediria que siguiese funcionando con su admirable regularidad el mecanismo de sus instituciones. La democracia surge así de las viejas tradiciones monárquicas como «una rama verde y espesa del tronco nudoso de un roble agostado por los años.» — No hay debilidad en el poder lejítimo de la reina. Lo demostró en 1831, cuando despidió á Lord Palmerston, el prestigioso ministro que pretendía, apoyado en su popularidad, emanciparse de la corona y seguir, contra la política de la reina, interviniendo en los negocios interiores de la Francia.

Las cuestiones internacionales de 1810 fueron resueltas, si se esceptúa la eterna cuestion de Oriente, que en este mismo año ha comprometido en sangrienta lucha á la nacion inglesa: cuestion que reclama todavía una solucion, y que entretanto, como la esfinge implacable, devora la sangre de los pueblos.

la duquesa de Gloucester, la necesidad en que se encontraba de hacer á un lado su duelo para ir al *drawing-room*. La buena duquesa de Gloucester refirió eso á la reina, quien encargó á su tia dijere á lady Jersey que comprendía su dificultad y que la dispensaba del *drawing-room*. Lady Jersey, incomodada por no poder ir á la Côte, trató de persuadir á la duquesa de Gloucester, quien se apercibió demasiado tarde de su error, de que, á pesar del permiso de la reina, debía llevar á su hija, la condesa Sarah, al *drawing-room*; era muy cómica, segun se dice, y ha necesitado, muy á su pesar, renunciar á volver sobre su primer paso.

II

26 de Mayo 1810.

He visto á lord Grey bastante ágrío en los negocios y sin tomar su partido de envejecer, volví á casa de M. Guizot: tiene un grande aplomo y dirige sus negocios con autoridad; me ha mostrado, pero sin leérmela, una carta de Thiers, en doce pájinas. Me ha pasado por la imaginacion la idea de que podrían entenderse ámbos para engañar *al* que debía ser su señor. M. Guizot es muy politico para conmigo; me hace grandes elogios sobre los recuerdos que he dejado en Lóndres, pero me pregunta tan á menudo cuándo partiré, que me siento inclinado á creer que mi presencia le importa. Hoy debo comer en su casa.

III

27 de Mayo 1810.

La comida de la embajada de Francia, estilo de Luis Esbrat, era muy buena; el cubierto bastante elegante, pero el todo reunido no se parece á lo que era en tiempo de M. Talleyrand, como no se asemejan los dos embajadores. M. Guizot conversa, trata de dar animacion á la conversacion, elojia su vino, tiene el aire de un conocedor, bebiéndolo ú ofreciéndolo, pero todo eso es aprendido, *and is not genuine*.

IV

28 de Mayo 1810.

He estado en casa de lady Palmerston, quien está rejuvenecida y de mejor humor. Me habló con inquietud de la llegada de ma-

dame de Lieven; dico que Bulow está ajitado por esa causa á punto de hallarse nervioso y enfermo. Lord Palmerston, con quien pasé dos horas, fué franco y claro en las esplicaciones que me ha dado sobre los negocios de la América y de Buenos Aires, que tenia que tratar con él; aceptó mis buenos oficios en América y me dijo que me enviaría una carta para M. Fox, ministro de Inglaterra en Washington, en la que espresaría lo que piensa de mí, á fin de establecer entre nosotros las mejores relaciones. Me esplicó con claridad, y á mi juicio con sinceridad, las causas de enfriamiento que se han suscitado desde hace dos años entre la Francia y la Inglaterra. Estoy muy satisfecho de esta entrevista cuyos resultados me serán útiles del otro lado del atlántico.

He comido en casa de M. Ellis, quien tiene por Thiers una verdadera ternura, el cual, segun él, se entiende con Guizot como los dos dedos de la mano.

V

29 Mayo 1810.

Creí deber dar cuenta á M. Guizot de mi conversacion con Lord Palmerston. Su primera palabra consistió todavia en preguntarme cuándo partia. Oculta mal el placer que le causa el rechazo de un millon por la Cámara de diputados para la ereccion de una estátua á Napoleon; ve en eso una derrota para el ministerio y se regocija de eso; al fin se abandonó algo en la conversacion y me ha dicho que M. Thiers nunca podría resistir á la izquierda y que seria arrastrado por ella. Es un mal momento por el que hay que pasar; es necesario que el agua sucia se derrame. Acepta felicitaciones sobre la herencia que no podrá dejar de corresponderle á la caida de su amigo, con quien se entiende como los dos dedos de la mano. Espera á la princesa de Lieven el 15 de Junio; no se muestra contrariado por su llegada, y aún quiere aparecer asombrado de los terrores de Brunow y de Bulow, de los que se burla; en fin, espera arreglar los negocios de Oriente, y despues de eso triunfo, volver á entrar en Francia como vencedor y subir al Capitolio!

VI

Clifton, cerca de Bristol, 3 de Junio de 1840.

Abandoné á Londres ayer, y he vuelto de mi admiracion por los carruajes públicos de Inglaterra; son buenos á lo sumo para comisionistas que viajan apurados y que gozan de buena salud. De Londres á Bath atravesamos una rejion maravillosa, llamada con justo título el jardín de la Inglaterra. Estoy aquí en una pequeña posada, á orillas del Avon, á cien pasos del lago donde se halla el *Great Western*; se me propuso un departamento con vista á ese lago lo rehusé, — veria siempre demasiado pronto el buque que me llevará allí abajo.

VII

Globe Hôtel, New-York, 19 de Junio 1840.

No he hallado placer alguno en la travesía, y temo que no esperamenteis mucho más en leer el relato que hago de ella y que arranca del punto de partida. Antes de dejar la Inglaterra, quise ver las inmediaciones de Clifton, tan afamadas por sus sitios pintorescos. El pequeño río del Avon, despues de su salida de Bristol, entra en una garganta de siete millas de largo cuyas márgenes se forman de rocas á pico. Se construyo un puente suspendido tan atrevido como el de Tribourg para comunicarse de una orilla á la otra, y mientras no se termina se hace una travesía aérea en canastas que se deslizan sobre echenas.

Nos embarcamos el 4 de Junio en la embocadura del Avon, donde el *Great Western* estaba fondeado. El general Chatry de la Fosse, que acompañó á su hijo hasta allí, Horaba á lágrima viva. El *Great Western* es un magnífico buque de doscientos veinte y seis pié de largo sobre cincuenta y cuatro de ancho, y de una profundidad de cuarenta y nueve piés. La máquina á vapor es de la fuerza de cuatrocientos cincuenta caballos. Es imponente verlo de lejos y de cerca. Ahora, si lo permitís, vamos á penetrar en su interior, y juzgaréis si tambien es agradable habitarlo. El puente se divide en tres partes: la proa, ocupada por la tripulacion, las gentes de servicio, los criados, etc., etc.; el centro, donde está la máquina y lo que llamaré el corral; y en fin, la popa, donde los pasajeros tienen un vasto espacio para pasearse. Bajo el puente de

popa se halla un gran salon cuyo centro es vidriado para alumbrar el comedor que está debajo; en derredor de esas dos piezas, están los camarotes de los pasajeros. La máquina y el corral absorven el centro. Los camarotes de los criados, los de los individuos de la tripulacion y las cocinas llenan la parte baja del puente de proa. Todo eso está bien repartido, y es grandioso á la vista pero Dios preserve á los enfermos nerviosos de habitarlo. En el espacio que acabo de describir se hallaban amontonados ochenta y cinco pasajeros, hombres, mujeres y niños; noventa y dos personas de tripulacion, entre ellos veinte y cinco negros ó mulatos, fumosos á justo título por su olor molesto; en fin, dos vacas, doce cerdos, diez carneros, veinte y cinco gallinas y otras tantas ánades, patos y pavos, de los cuales no se ha muerto uno durante la travesía, estando destinados para el regreso. Figúraos todo eso, comiendo, bebiendo, durmiendo, gritando, cantando, bulando, borrando; unid á ello el ruido de la máquina y de las maniobras; conservaos con la imaginacion en un camarote de siete piés de largo, siete piés de alto y siete piés de ancho, y tendreis una idea exacta de los placeres del viaje. Esto no es nada todavía cuando el tiempo está sereno; pero si la mar está gruesa, la mitad de todo eso mundo se enferma, sin escepcion de los animales; eso se convierte entónces en un inferno.

Alzamos el ancla el 4 de Junio, á las cuatro de la tarde, y descendimos el canal de Bristol, bordado de un lado por la Irlanda, y del otro por las rocas escarpadas y verdes del Devonshire y de Cornwall. Al salir del canal de Bristol encontramos el viento noroeste que nos era contrario, y que sopló sin interrupcion hasta ayer á la tarde, haciendo nuestro viaje más rudo, pues el buque era más sacudido; pero el *Great Western* que, puede decirse, marcha contra viento y marea, no se deja detener por nada, y el décimo cuarto dia entramos en el puerto de New-York.

El 10 por la tarde, el mar se puso oleoso, y la noche fué espantosa; tuvo al ménos el placer de asistir á una verdadera tempestad. El 13 encontramos un buque pescador francés de Saint-Maló, que hacia cuatro meses estaba en el mar; el encuentro de un buque cualquiera es un gran acontecimiento, siendo una distraccion de un cuarto de hora en medio de la más pesada monotonía. — El 16, resonó repentinamente un grito de alarma; la máquina se detuvo inmediatamente; un estupor general se apoderó de todo el mundo; se precipitaron los más fuera de los camarotes; los unos

gritaban *fuego*, los otros decían que la máquina iba á estallar. La angustia era grande. En definitiva, un pobre marinero que arreglaba las jarcias, había caído al mar; el buque en toda su longitud pasó sobre él sin tocarle; un verdadero milagro! Se arrojó un bote al mar, y como nadaba bien, muy pronto fué sacado del agua. Todo duró apenas un cuarto de hora, gracias á la admirable disciplina inglesa.

El 18 tomamos á bordo un piloto americano, y esta noche, á la una, entramos en el puerto de New-York para desembarcar en él á las cinco de la mañana.

VIII

New-York, 20 de Junio de 1810

Me ha parecido muy agradable reposar en un lecho despues de haber pasado quince noches en una especie de atahud. — Deduzco del viaje que acabo de hacer, primero, que soy un mal marinero, y en seguida, que el mar es un triste elemento y la vida marítima enteramente insípida. La imaginacion de los poetas puede hallar en la inmensidad de las aguas y del cielo bellezas que yo no he visto; pero os declaro que la salida y la puesta del sol, la luna y las estrellas, no son más hermosas en el mar que en la tierra.

Ayer, al desembarcar con M. de la Fosse, de quien, sea dicho de paso, he estado muy satisfecho durante la travesía, nos trasladamos á casa del Cónsul General, M. de la Forest; estaba ausente; fué necesario buscar al vice-cónsul, un imbécil que tan mal ha *managed* nuestro asunto que no hemos podido recibir nuestro equipage sinó con gran retardo. Pasaré probablemente una semana aquí para tratar asuntos diferentes. No he visto todavía de la ciudad sinó la parte que he atravesado dirigiéndome á la casa del cónsul y viniendo á la hospedería. La primera impresion no es favorable: las casas son feas, y edificadas con ladrillos con *aeros* á la moda inglesa; hay en todas partes aceras de piedra de sillería, y el medio de las calles está empedrado con gruesos guijarros, lo que las hace insoportables para los carruajes; muchas calles tienen plantaciones de árboles; el aspecto es el de una gran ciudad de provincia inglesa, modificada algo á la holandesa; reina en ella el movimiento de una poblacion comercial de trescientas mil almas. (1)

(1) Tal era en 1810 la poblacion de la ciudad de New-York. — En 1850 pasó de 500,000; en 1860, de 800,000; en 1870, de 900,000; y en 1880 alcanzó á 1.206,299. Estos es, sin hablar de Brooklyn, que puede considerarse como un arrabal de New-

IX

New-York, 21 de Juio de 1810.

No puedo llegar á colmar mis *spirits*; experimento una honda tristeza y hecho de ménos ya la otra parte del mundo que me parece la mejor. Fuí á la bateria, única casa que estaba deseoso de ver en New-York, y eso en memoria de Talleyrand y de su aventura con M. de Beaumetz en esa bateria. Es una antigua obra de fortificacion que forma la punta Sud de la península en que está situada la ciudad de New-York. Esa bateria está cubierta hoy por un anfiteatro de tablas pintadas en el que se dá algunas veces representaciones ecuestres y otras, y que, el resto del tiempo, forma un café público; es del peor gusto y se perjudica así un sitio curioso. De lo alto de la plataforma se ofrece una estensa vista: una de las márgenes de la península está bañada por el rio del Norte ó del Hudson, y la otra por lo que [se llama el Rio del Este, pero que es en realidad un brazo de mar que sale del golfo de Long Island; los dos rios vienen á mezclar sus aguas delante de la bateria y forman así la rada de New-York que está sembrada de lindas islas que verdean, más allá de las cuales se aperciben las costas pobladas y habitadas de New-Yersey. Una cantidad innumerable de buques de todo género cubre los dos muelles: el del Hudson está reservado á las embarcaciones que navegan por los canales y los rios en el interior de los Estados-Unidos, y el del Este recibe los buques que llegan ó parten para todos los puntos del globo. Los buques á vela y á vapor, de todas formas, que van y vienen en todos sentidos, son la belleza real de New-York.

Al descender de la bateria, se entra en un pequeño *square* cuyos árboles están descarnados por la influencia de los vientos de mar. De ese *square* parte la gran calle de New-York, Broadway, que corre paralelamente á los dos rios, y á distancia igual de cada uno de ellos, durante tres millas; algunas calles trasversales van de Broadway á los muelles de cada rio, y así se halla establecida toda la ciudad que se estiende bastante lejos en esta forma, y se

York, y que, no teniendo en 1850 más que 96,858 habitantes, alcanza en 1880 á 566,663. Naturalmente, ese asombroso crecimiento de la poblacion no se ha realizado sin que el progreso haya marcado con su sello la fisonomía completa de la gran ciudad, realizando allí obras gigantescas, que el mundo admira.

(N. del T.)

agranda cada dia. En 1731, esta gran ciudad comercial contaba ocho mil almas; ahora tiene trescientas mil. Broadway es la calle principal; en ella están todas las tiendas, las hermosas casas, y los establecimientos importantes; pero todo aquí dá idea de una ciudad sacrificada á los negocios: no hay un monumento, una casa bien edificada que no sea perjudicada por algo de estrecho y de mal gusto (1). A escepcion de los negros y negras suciamente ataviados, no se encuentran sinó personas, hombres y mujeres, convenientemente vestidos, sin que pueda hacerse distincion en los trajes de los que son más ó ménos ricos. Los hombres pertenecen á esa raza inglesa fuerte y robusta pero sin gracia; he visto muchas rubias, sin apercibir hasta ahora esas bellezas americanas tan ponderadas.

X

New-York, 22 de Junio de 1840.

He visto ya una muestra del clima americano; á mi llegada hacia frio, y sin transicion, hemos pasado á un calor abrumador. Fui ayer á misa á una iglesia que tiene el aspecto de un templo protestante; estaba llena hasta sofocar; sin duda á causa de la fiesta del Corpus. El servicio se practica bien, á escepcion de los cantos cuya música es absolutamente mundana. Nadie aquí hace visitas el domingo, aunque New-York no sea una ciudad tan puritana como Boston, donde hace pocos años todavía, se cerraban las calles con cadenas, los domingos y dias festivos, para impedir que circularan los carruajes. La cantidad de extranjeros que habitan New-York, modifican un tanto las costumbres. Si he de creer lo que M. Berger, un módico á quien ví esta mañana, me ha referido, el puritanismo americano tendría poco valor. Me ha asegurado que no habia en ese momento en New-York cuatro personas, aún de las más altamente colocadas, que no haya caido en quiebra, ó que no estén á punto de caer, y apesar de eso todas tienen el mismo humor., sin cambiar en nada los hábitos contraidos en la prosperidad.

(1) Eso ha cambiado mucho. Bajo el punto de vista del arte y del buen gusto, Nueva-York se ha embellecido y engrandecido mucho desde entónces. Hay que admirar sus grandes jardines, su *Central Park*, en el que se ha invertido diez millones de dollars y en el que se levantan numerosos bustos y estatuas de grandes hombres; el cementerio, en Browklin, llamado «la más hermosa ciudad de los muertos», y muchos monumentos ante los cuales hay que modificar juicios exagerados ó injustos.

(N. del T.)

He tenido la visita de uno de mis nuevos colegas en Washington, Mr. de Nordin, encargado de negocios de Suecia; me ha pintado en un cuadro bastante triste á Washington, donde el cuerpo diplomático no puede hallar recursos sinó en sí mismo, y el whist parece ser el único placer de que se disfruta. M. de la Forest, el cónsul que llegaba de Filadelfia, ha venido también á mi casa; es un hombre hasta hace poco jóven, grueso y que la hecha de elegante; se ha puesto á mis órdenes y se anuncia como complaciente. Veremos.

Poesías de Mendive

POR FRAY CANDIL

Buena oportunidad se me presenta para desmentir, apurando el vocabulario de las alabanzas, á los que me tildan de atrevido y malqueriente.

¡Atrevido yo, porque no me ando con perfrasis para decirlo cuántas son cinco al pinto de la paloma, siempre y cuando el pinto de la paloma merezca que se las diga!

¡Malqueriente yo, porque me empeño en sostener contra viento y marea, que no deben admitirse como buenos, poetas ramplones y prosistas desvencijados y gárrulos!

Escriban ustedes de acuerdo con la gramática y el buen gusto, y me tendrán á su lado; que yo, aunque humildísimo, ni vendo mi pluma, ni gusto, como esos falderillos de la envidia, de morderle los talones á nadie.

Caigan siempre en mis manos versos como los de Mendive, y verán ustedes si soy más dulce que la miel hiblea; tropiecen siempre mis ojos con trabajos como los de Montoro, Varona, Ricardo Delmonte, Varela Zoqueira y otros, y verán ustedes si soy una fuente de Cibeles, que en vez de agua arroja raudales de ditirambos.

Pero no se me exija melosidad ni blandura cuando sorprend, en las aduanas de las letras algun contrabando poético; porque aunque me llamen *Machaca huesos* ó *Maza de Fraga*, no habré do dejar que pase.

* * *

Macaulay, el más insigne, en mi sentir, de los críticos modernos, dico que para ser poeta ó gozar de la poesía, es preciso hallarse bajo la influencia de una como enfermedad del espíritu, si es dable llamar de esto modo un estado psicológico que tan inefables dolores proporciona.

Y agrega que, por esta causa, no debe llamarse poesía todo

aquello que se escribe en verso, áun cuando esté bien medido y encaje en los moldes de la Retórica: que poesía es el arte de emplear las palabras de tal suerte, que hieran vivamente la fantasía, haciendo con ellas lo que el pintor con los colores.

Ya lo sabe el señor Armas, para quien la poesía consiste únicamente en rimar *tromba* con *rimbomba*, y otras voces onomatopéyicas por el estilo.

Y cuenta que soy tan fervoroso partidario de la forma como Saturnino Martinez, pongo por caso, que emplea un centenar de palabras para envolver una idea con el objeto, sin duda de evidenciar que el lenguaje camina á la par del progreso, segun afirmacion de algunos eminentes filólogos, entre los cuales no figura el señor Armas.

¡Cuán verdadero es lo que decia Ciceron, que las palabras son como los vestidos, los cuales se usaron al principio para resguardarnos de la intemperie, y más tarde se hicieron el adorno supérfluo de la magnificencia y de la vanidad!

Compárese, sinó, el lenguaje rudo y sencillo del hombre primitivo, con el lenguaje disparatadamente rico y ricamente disparatado de Saturnino Martinez. ¡Qué distancia del uno al otro!

* * *

La opinion del crítico inglés se vé confirmada en las poesías de Mendive.

Mendive es un poeta enfermo del espíritu; pero su enfermedad no es de las que maldicen de la vida, ni de las que ven las cosas del mundo por el lado tétrico y sombrío, como la de Núñez de Arce, por ejemplo, que en ocasiones más bien parece enfermedad de cesante que de poeta; dicho sea sin idea de rebajar en un ápico el indiscutible mérito de este jerarca de la lírica española.

La enfermedad anémica de nuestro poeta, (y perdono el señor Mendive la confianza que me tomo de enfermarlo sin su permiso) nace de esa especie de arrobamiento ideal — que nada tiene que ver con los arrobamientos místicos de Santa Teresa — producido por la fiebre de la inspiracion.

Fiebre periódica, si vale expresarse así, que padecen los verdaderos poetas á semejanza del leon, en ciertos y determinados momentos, y que difiere de la calentura de los poetas hueros en que no es monester quinina para cortarla.

Se enardecen en los momentos de escribir, y luego quedan tan frescos como si tal cosa, á diferencia de estos últimos que, como los hornos de panadería, conservan el calor una semana despues de apagados.

*
* *

La nostálgica tristeza de nuestro cielo siempre azul y diáfano, pero monótono; los rayos abrasadores de nuestro inflamado sol; la agreste pompa de nuestra lujuriosa naturaleza; la música de nuestras palmas, *que amores dice remedando quejas*; el perfume de nuestros cármenes; el rumor soñoliento de nuestros arroyos; el lastimero clamor del esclavo; el cantar melancólico de nuestros campesinos,

« en que parece que palpita y llora
abrazado el dolor á la esperanza, »

todo vibra en la lira armoniosa de Mendive, cuyos inspirados versos tienen ciertos puntos de ligera semejanza con los de Selgas, principalmente en lo relativo á delicadeza y sentimiento.

Delicadeza y sentimiento que es preciso no confundir con ese sentimiento y esa delicadeza comunes que los críticos benévolos atribuyen á los poetas chirles para no desalentarles; como si el decir á secas que Fulano es un poeta delicado, significase algo, y como si la delicadeza, así entendida, no fuese rayana del alambicamiento, y sutil más allá de la metafísica.

La delicadeza y sentimiento á que quiero referirme son aquellos que arrancan espontáneamente de la contemplación de los cuadros apacibles de la naturaleza, y de la dilatación del alma en las esferas de la más pura idealidad; delicadeza y sentimiento que hablan á la inteligencia con los pensamientos más tranquilos, y al corazón con los afectos más tiernos, en lenguaje sencillo y claro. No busqueis, pues, en la lira de estos poetas, esa cuerda de bronce de que hablaba Revilla, en cuyas vibrantes notas se condensa, por decirlo así, el espíritu de todo un siglo.

Poetas dotados de más sentimiento que energía, ó dicho sea á la moderna, de más subjetivismo, no se preocupan con las luchas del siglo en que viven, ni con los problemas que en él se plantean; poetas egoístas que cantan para sí lo que sienten, sin curarse de las

exigencias de la crítica moderna. Mendive, á más de poeta subjetivo, es decorativo, como diría un crítico francés, puesto que á la belleza del fondo une la brillantez de la expresión. Léanse, sinó, estas estrofas de su composición *La música de las palmas*:

« Es música de espíritus que moran
entre las pencas de las verdes palmas,
encadenados mártires que lloran
la historia acaso de olvidadas almas. »

« Es música del cielo misteriosa
que amores dice remedando quejas,
como el céfiro libre, y melodiosa
como el blando zumbar de las abejas. »

« ¿ Quién no recuerda en tarde solitaria,
en plácido vagar embebecido,
oyendo de las palmas la plegaria
el ¡ ay! de un corazón no haber oído. ? »

Y hablando de Cuba, dice en la misma composición:

« En tí bendigo yo las maravillas
conque el cielo nos brinda á todas horas;
que tú á mis ojos más hermosa brillas
cuanto más triste y oprimida lloras. »

¿ Hay ó no corrección y fluidez en la forma, y melancólica ternura en el fondo de estos cuartetos?

¿ Es ó no cierto que Mendive puede figurar dignamente, como figura, entre los buenos poetas?

Pluguiera á Dios que todos nuestros poetas fuesen como Mendive; que, de ser así, no se vería el crítico en el enojoso caso de hundir el escalpelo; ántes bien, de quemar incienso y mirra.

*
* *

Y los versos de Mendive ¿ no tienen defectos? Sí que los tienen como todo lo que es obra del hombre; pero son de tan poca monta que desaparecen ante los primores de que están salpicados.

Cañete, que será todo lo *neo* que se quiera, y que no valdrá tanto como los ultramontanos presumen, ni tan poco como creo *Clarín*—que entre una y otra opinion cabo todo un discurso de Balaguer con apostillas de Catalina—pero que no carece de buen sentido crítico, dice en su bien escrito prólogo, que Mendive hubiera ganado mucho á no haberse dejado llevar del desenfrenado romanticismo de Zorrilla, y yo lo creo.

Algo del desenfado zorrillesco se advierte en los versos de Mendive, como la prodigalidad de epítetos y la carencia de plan en algunas composiciones, defectos muy comunes en los poetas americanos.

La cuerda que suena mejor en la lira de Mendive, es la que da el tono del amor y de la melancolía.

De acuerdo, señor Cañete, de acuerdo.

Cuando Mendive no satisfecho con cantar en melodioso tono lo que siente bien, como las delicias del amor, el espectáculo que ofrece la naturaleza con sus pintorescos paisajes, etc., quiere traducir al lenguaje rotundo de la oda ampulosa lo que no siente ó lo que siente mal, decae, y sus versos entónces son descoloridos y fatigosos.

Díganlo, sinó, su composición á *Italia* y alguna que otra del mismo género que figuran en el tomo que me ocupa.

Y ya que impremeditadamente me he deslizado al terreno de la crítica, diré tambien que Mendive suelo desleír á veces tanto los conceptos que hace languidecer el tono de sus más bellas poesías.

*
**

Mendive cree en Dios; yo tambien creo en Dios; pero pacíficamente, vamos al decir, sin echar pestes, como Donoso Cortés, contra los que lo niegan.

Léanse las siguientes octavas en que Mendive, dando suelta á sus creencias, llora amargamente la pérdida de una hija adorada:

« No seré yo, mi Dios, quien á tí llegue
cubierto de rubor, ni quien osado
ante tu excelsa Majestad despliegue
del pensamiento el vuelo arrebatado;
no; yo sabré, sin que el dolor me ciegue,
padre infeliz, con ánimo esforzado,

imitando el zumbir de mansa abeja,
levantar hasta tí mi humilde queja. »

« Si en mis labios jamás la trompa de oro
con épica expresion sonó robusta,
ni en béclico cantar lancé sonoro
el grito de dolor que el alma asusta,
de ternura infantil todo un tesoro
mi númen te dirá con voz augusta,
y en fácil rima que cantando llora
todo el inmenso afán que me devora. »

« Yo te diré, mi Dios, por qué la tierra
es desierto arenal para mis ojos,
y el mundo todo para mí no encierra
sinó de muerto pálidos despojos;
por qué donde paz hubo encuentro guerra,
donde flores de amor, tan sólo abrojos,
y es el eterno suspirar del viento
mi grito de dolor y mi lamento. »

Esta estrofa es inmejorable.

« Es ella ¡oh Dios! la hija idolatrada
por quién palpita el corazón y gime
en triste soledad; por quién trocada
en pena mi ilusión, su sollo imprimo
en mi frente el dolor; y acobardada
ante tu excelsa majestad sublime
ni acierta el alma á comprender ni alcanza
más luz de salvación que tu esperanza. »

Los que habeis sentido alguna vez el indecible dolor que desgarró el alma de nuestro poeta, podreis justipreciar el mérito de estas estrofas, escritas con lágrimas y puntuadas con sollozos.

De mí sólo decir que, sin ser casado ni haber tenido hijos jamás (á no ser algun hijo macho que le haya hecho á tal ó cual poeta con mis impertinencias) he derramado abundoso llanto al identificarme, leyendo estos patéticos versos, con el pesar que tortura el ánimo del infortunado padre.

¡Y cuánto tiempo hacía que no lloraba para afuera! porque cuando lloro, suelo hacerlo para dentro.

Lágrimas abrasadoras que, como plomo derretido, quemán el corazón, á diferencia de las que asoman á los párpados, que escaldan solamente las mejillas.

Habana, 1.º de Setiembre de 1883.

Envenenamiento por el gas del alumbrado

CONFERENCIA DE PETTENKOFER

POR DON FEDERICO SUSVIELA GUARCH

Un público de más de 200 personas, en que figuraba la sección médica del ministerio de Cultos, Medicina é Instrucción, los miembros de la oficina real de higiene, médicos militares y civiles, señoras y hombres de ciencia, reunióse ayer para oír la octava conferencia del segundo ciclo de las ofrecidas con motivo de la Exposición de Higiene, dada por el notable higienista de Alemania, llegado para este objeto de Munich, profesor doctor Pettenkofer, sobre «envenenamiento por el gas del alumbrado á consecuencia de roturas en los tubos de las calles».

Después que el gran investigador demostró en su introducción la importancia de la investigación higiénica y sus rápidos progresos en el corto tiempo de su existencia, se ocupó de su tema para demostrar como se llega por experiencias apropiadas y observaciones especiales á la solución de problemas higiénicos, imposibles de resolver sólo por caminos empíricos.

Todo alumbrado á gas deteriora el aire, trayendo á este lo mismo que la respiración del hombre, ácido carbónico, agua y calor, y estrayendo el oxígeno. El hombre cede en estado de tranquilidad, al aire respirable que le rodea, en medio de una hora, 44 gramos de ácido carbónico, 33 gramos de agua y 92 unidades de calor, y consume en el mismo tiempo 38 gramos de oxígeno. Bajo unidad de calor se entiende, la temperatura capaz de calentar á un grado Celsius un kilogramo de agua. Un hombre cede por consiguiente en una hora tanto calor que casi podría calentarse á un grado Celsius un hectólitro de agua. Una vela de estearina cede en una hora 28 gramos de ácido carbónico, 11 gramos de agua, 97 unidades de calor, y consume 29 gramos de oxígeno. Una luz de gas de fuerza de doce velas, que consume en una hora 140 litros de gas, cede al aire 164 gramos de ácido carbónico, 156 gramos de agua,

178 unidades de calor, y consumo 200 gramos de oxígeno. Produce por consiguiente tanto calor como dos hombres, más ácido carbónico que tres, y tanta agua como cinco. El gas no deteriora, sin embargo, el aire más que la vela de estearina, si se toma en consideración la proporción de la fuerza de luz y se colocan 12 velas de estearina por un luz de gas. (Compárense las cifras anteriores.)

La luz de gas es por lo mismo digna de considerarse como un progreso higiénico y no pueden atribuírse á ella propiedades especialmente perjudiciales, puesto que ella sólo deteriora el aire en las proporciones en que lo hace la respiración de los hombres reunidos en un espacio cerrado.

Otra cosa sucede con el gas del alumbrado, no quemado, que se presenta como un veneno intensivo para el hombre y los animales.

A él se deben cientos de víctimas todos los años, y familias enteras han perecido á causa de su presencia en casas que carecían absolutamente de aquel servicio. Cuando existe un escape se hace conocer por medio del olor, y el contador es un control muy seguro para saber si en el día, con los picos cerrados, escapa el gas en la cañería.

Se han constatado pérdidas de gas hasta de 20 % del consumo ordinario, de una misma casa. Pero más peligrosos y más traidores son los escapes que se producen por roturas de los tubos colocados en las calles, por medio de los cuales el gas se introduce en los sótanos y en las viviendas bajas de las casas vecinas. El conferenciante presentó ejemplos sobre la influencia mortal de los escapes de gas, ocurridos precisamente con todas sus consecuencias accesorias en Italia, Colonia y Breslau para constatar que se presentan miles de estos casos, con resultados más ó menos considerables, ocupándose en seguida de los medios de seguridad contra tales ocurrencias.

Porqué es el alumbrado de gas tan venenoso? Porque encierra óxido de carbono. Las cantidades de este gas que contienen las diferentes clases de gas alcanzan en el gas de carbon de piedra á 10, en el de aceite á 17, en el de madera á 30 %. (En las grandes ciudades se usa casi exclusivamente el gas de carbon de piedra.)

Las otras partes componentes del gas del alumbrado, fuera del óxido de carbono, son gases irrespirables, que bien pueden atacar la respiración, pero que no son directamente venenosos. Todos los peligros se habrían, pues, alejado, si se llegara por medios baratos á quitar en mayores cantidades el óxido de carbono del gas

del alumbrado. Sobre esto no ha hecho, sin embargo, hasta ahora nada la técnica. En qué cantidades, en el aire, un contenido de óxido de carbono es dañoso?

Las detalladas investigaciones en las minas, demuestran de una manera evidente que el óxido de carbono perjudica el aire respirable no por el tiempo de su duración sino por su concentración. Un contenido de cinco diez milésimos de óxido de carbono en el aire, puede ser respirado por hombres y animales durante horas y días enteros sin daño alguno para la salud. Pero ya 7—8 diezmilésimos ocasionan mal estar, 20 diez milésimos falta de respiración, de presión de las fuerzas, ó inseguridad en los movimientos, 20—40 diezmilésimos aturdimiento, y bajo un contenido más fuerte ocurre el envenenamiento bajo fenómenos violentos. El cerebro y la médula espinal son afectados especialmente; se producen ataques, sin embargo se reponen los pacientes si son expuestos rápidamente al aire libre. Una respiración prolongada de un aire cargado fuertemente de óxido de carbono produce de todas maneras la muerte. En los casos de envenenamiento observados ó indicados anteriormente, se vió que el contenido de óxido de carbono del aire, en los espacios respectivos, variaba, siendo más fuerte ó más débil mientras que la fuente del veneno (la rotura del tubo) permanecía constante. La estadística médica constata el resultado altamente notable, que los casos desgraciados á consecuencias de escapes de gas por rotura de tubos, casi solamente tienen lugar en la época más fría del año. De los 22 casos observados en Munich en el año pasado, ocurrieron en Octubre 5, en Noviembre 2, en Diciembre 2, en Enero 3, en Febrero 8, en Abril 2, permaneciendo libres de tales ocurrencias los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto.

Los técnicos del gas explican esa circunstancia particular, diciendo que en invierno ocurren más frecuentes roturas de tubos que en verano y que el suelo helado impide la salida del gas á la calle, por lo que éste se dirige hácia las casas vecinas, llevando el peligro para la salud. Esta opinión es sin embargo, como la investigación científica lo ha probado, completamente incorrecta. El suelo helado es sin duda más compacto que el que no lo está, pero no completamente saturado de aire y deja atravezar el gas del alumbrado como el no helado. Pero lo más importante es según sus experiencias (de Pottenkofer) que las casas calentadas interiormente de una manera artificial de todas maneras, más calientes que el aire exterior, obran como una ventosa sobre éste, aspirando con

él, el gas del alumbrado. Desgraciadamente ha encontrado en los técnicos del gas y de la autoridad, poco reconocimiento esta teoría.

De la manera más detallada demostró en seguida el conferenciante, presentando los resultados de toda clase de experimentos y observaciones, cómo efectivamente permanece más gas en el suelo en el verano que en el invierno, que es cuando se produce el tiro parcial sobre el aire exterior por parte de las casas calentadas, como el aflujo del gas aumenta cuanto más grande es la diferencia de la temperatura entre los cuartos calentados y el aire exterior, como se modera la penetración del gas en las casas tan luego como las ventanas se mantienen aún sólo entreabiertas.

El gas que atraviesa la tierra se hace inodoro y sólo es reconocido por el olor cuando está el suelo completamente infestado de gas del alumbrado, por esto es la penetración del gas en los espacios habitados, tanto más traidor cuanto que no se revela por el olor. En los sótanos (viviendas bajo parterre) y en los parterres debe usarse por consiguiente de la mayor precaución y cuando en sus habitantes se produzcan dolores de cabeza, debe aconsejarse abrir inmediatamente las ventanas. Cuando se reproduzca el mismo fenómeno después de largo tiempo de acreación, debe admitirse en seguida que tiene lugar un escape de gas en las inmediaciones. Cuando es pues descubierta una rotura de tubo, no bastará con reparar el defecto; mas inmediatamente está indicado que la autoridad obligue á los habitantes de las casas inmediatas á mantener por largo tiempo abiertas las mismas ventanas. Sólo así pueden evitarse con seguridad pesadas desgracias, puesto que el gas contenido en el suelo afluye á las casas aún después de desaparecer la rotura del tubo tan pronto como en las épocas frías del año, empieza la aspiración por parte de las mismas.

Para terminar, manifestó el conferenciante haber escogido ese tema precisamente para mostrar cuán importante es la investigación higiénica de pequñeces, como la que ha tratado y como la ciencia por investigaciones especiales llega á resultados tan completamente diferentes de la práctica.

Berlin — 9. 10. 83.

Deutsche Lyrik

(Traducido del italiano para los ANALES DEL ATENEO DEL URUGUAY)

POR P. A. Y D.

Contemporaneamente á las nuevas ediciones que aparecen en Alemania de las antologías poéticas de Schwab y de Echtermeyer, el editor Macmillan de Lóndres publica una excelente edición de poesías líricas alemanas *Deutsche Lyrik*, hecha por el profesor Buchheim, que por el gusto de la elección y por la utilidad de las ilustraciones, puede sostener el parangón con la admirable antología inglesa de Palgrave *Golden Treasury of Songs and Lyrics* editada por el mismo Macmillan.

Hojeando las páginas de ese volumen y comparando esas poesías líricas con las de los grandes poetas modernos ingleses, surgen deducciones y consideraciones á las que quisiera hoy dar forma y orden en este breve estudio.

*
*
*

Cosa singular! El lirismo, que es como la esencia de la poesía, ha florecido y florece con más espontánea vena y abundancia en el país de la metafísica, de la crítica, de la filología. Al lado de los pesados *in-folio* alemanes, brilla la azulada flor de la Balada y el harpa eólica responde á cualquiera céfiro que la acaricie. En medio á este pueblo que abusa del tabaco y la cerveza, que escribe volúmenes sobre una variante de texto antiguo, que discute eternamente abstrusas especulaciones, grave en los hábitos, en el carácter, en la fisonomía; la música y la poesía lírica han escogido su morada predilecta: y no hay ciudad, no hay aldea alemana que no sea visitada por esas huéspedes divinas. Cuando en la primavera las vinca-pervincas y las margaritas esmaltan la verde alfombra de la selva negra, al pié de los grandes árboles que recuerdan á Arminio (1), por toda Alemania corre un hálito de poesía; y el *lied*

(1) Célebre vencedor de Quintilio Varo el año 10 de J.

y la balada se juntan á los aires nacionales. Las trenzas de oro y los ojos azules de la musa enamoran á todos los jóvenes poetas, y la leyenda cubre con su vapor irisado el mundo real y lo espiritualiza.

Tres notas fundamentales predominan en general en el lirismo alemán: la leyenda, la naturaleza, el amor, el mundo legendario, caballeresco, romántico — el sentimiento profundo de la vida íntima de la naturaleza — el éxtasis del amor puro ó ideal; Uhland Novalis y Rückert son pues tal vez los más caracterizados representantes del puro lirismo alemán.

El elemento plástico, el bello desonido antiguo, sentido ó interpretado en versos inmortales por Andrés Chénier, por Foscolo, por Keats y por Swinburne es casi siempre vario y atemperado con otros elementos en el lirismo germánico. Platen, como Leopardi, lo asoció un amargo y moderno acento de desolante *Weltschmerz*. Solamente Goethe en algunas baladas y poesías alcanzó la tranquila y serena perfección de la forma antigua. Algunas de sus poesías se abren con la gracia de una bella flor: tienen, como notó Lewes, una belleza *orgánica* propia, que se difunde en cada parte, en el entero tejido de la composición y no se limita á los accesorios y á los ornatos.

Un vago y pantecístico cristianismo, las tradiciones caballerescas, un profundo y melancólico sentimiento de lo infinito, hacen de la mayor parte de los líricos alemanes los poetas *románticos* por excelencia, según la verdadera significación germánica de la palabra.

Los poetas ingleses son, generalmente hablando, ménos *rêveurs* y más filósofos, ménos fantásticos y más psicológicos y dramáticos; más atentos observadores y más fieles pintores de la naturaleza. Luego tienen entre ellos más variedad de carácter. Los líricos alemanes tienen grandes puntos de semejanza. Entre las poesías de Schiller, Tieck, Uhland, Rückert, Novalis, Lenan, Schwab, Müller, no existen esas enormes distancias y diferencias que distinguen á Byron y Wordsworth, Shelly y Scott, Coleridge y Keats, Southey, y Tennyson, Swinburne y Brunning.

**

El poeta alemán que ha sido más sentido y más gustado, más traducido, juzgado y admirado fuera de Alemania es sin duda Henrique Heine. Ni esto debe causar maravilla si se reflexiona que reunió á las calidades propias de la poesía alemana, otras que son del carácter de la poesía de otros pueblos: y que él en su vida y en sus cantos fué espejo y tipo de los poetas y artistas contemporáneos suyos, que erraban y creaban en la tempestad, buscando ávidamente el placer, sedientos de lo ideal y de lo infinito, atormentados por el amor y por la duda, y riéndose con la amarga y lagrimsosa risa del *humour*.

Henrique Heine, alemán como Uhland y francés como Voltaire, fundió en el crisol del arte elementos que parecían líricamente irreconciliables; la pasión y el epigrama, la sátira y lo patético, lo real y lo fantástico, la forma antigua y el sentimiento moderno. Gautier ingeniosamente lo comparaba con *Euforion* hijo de Helena y del doctor Fausto.

Heine que esculpió poéticos bajo relieves de Bacanales y cantó leyendas católicas: que juntó en sus versos musicales, luminosos, perfectos, diamantinos, las visiones románticas de la Selva Negra y las aceras realidades de la vida parisiense, fué siempre sincero en sus inspiraciones y sintió siempre lo que cantó, salvo á reírse después de sí mismo y de su fiebre poética. El es después de Burns el más *sincero* entre los poetas modernos y en eso tal vez consiste su secreto, su privilegio, más bien único que raro, de *no fastidiar jamás*.

Dotado de extraordinarias aptitudes para pintar y esculpir con el verso, no abusa de ellas, ni invade el campo de otro arte como hacen con demasiada frecuencia los modernos poetas franceses. Heine pinta, pero como poeta, y da vida y fisonomía á todo lo que describe. Colorista admirable, algunas de sus poesías se asemejan á prados de Mayo cubiertos de flores encarnadas, blancas, azules, amarillas, que sobresalen sobre el verde vivo del prado y recuerdan ciertos frentes de catedrales góticas, en donde el oro, los mosaicos multi-coloros y la blancura de los mármoles forman un conjunto que se graba en la memoria y no se olvida jamás.

Esa eficacia de colorido es tanto más admirable en Heine cuanto su vocabulario poético si es escogido, no es abundante ni variado. Repite con gusto los mismos epítetos, pero sabe darles siempre nueva eficacia. En esto se parece á Swinburne. El vocabulario poético de Heine y de Swinburne comparado con el de Roberto

Browning ó con el de Víctor Hugo, es pobre cosa, pero luego mirando á los resultados, es fácil olvidar esa circunstancia.

* *

Los líricos alemanes se asemejan más en la forma, en ciertas generalidades características de pintura, de ritmo, de melodía que en la esencia de sus inspiraciones y en la sustancia de su poesía. Bajo una aparente uniformidad, observando con atención, se distinguen grupos líricos muy diferentes. La escuela clásica de Goethe y de Schiller nada tiene que ver con la escuela romántica de Tieck, de Bürger, de Novalis, y los líricos desolados y llorosos, enfermos de *Weltschmerz*, como Lenau y tantos otros, no se pueden confundir con los poetas soldados, con los Körner, con los Arudi, con los autores de sonetos encorazados (*geharnischte sonette*), con los poetas de la libertad y de la patria (*Freiheits und Vaterlandsdicteter*) y los poetas *artistas* como Freiligrath, que son con frecuencia esos afortunados de grandes voces extranjeras, no pueden tampoco confundirse con los audaces ó incendiarios poetas revolucionarios de la *jóven Alemania*, con los Jungermann, los Gräbe, los Buchner, los Herwegh.

El canto, la nota musical, la inspiración y la fusión lírica es el prístino carácter de la poesía germánica. Uhland y Rückert son por lo mismo insuperables. Los *Lieder* del primero y el *Liebesfrühling* del segundo son tal vez las composiciones *mas líricas* de la poesía lírica de Alemania.

* *

Ante ese ramo de flores poéticas recogidas por Buchholz se siente exhalar, mezclado á fragancias etéreas, un amargo perfume de lágrimas. El mismo efecto produce la lectura de la antología inglesa de Palgrave, y lo mismo sucedería con una antología poética moderna italiana ó francesa, si en Francia ó en Italia existiera una buena antología lírica *quot est in votis*. Ninguno entre los grandes poetas modernos tiene la risa franca y de buena vena, cómica y jovial. Cuando se recuerda la vida y el fin de los más notables poetas de Europa, el corazón se entristece. Pensad en las vicisitudes y en la muerte de Burns, de Cowper, de Byron, de Shelley, de Keats, de Coleridge, de Schiller, de Novalis, de Lenau, de

Heine, de Platen, de Musset, de Foscolo, de Leopardi y de tantos otros! Sus sollozos han llenado el siglo y el mundo, y nos han acostumbrado á unir á la idea de la poesía la idea del dolor . . . El italiano fué, creo, el más infeliz de todos. Los otros tuvieron como alivio ó la fé ó el amor ó la naturaleza ó la acción. Leopardi no era creyente, no fué amado, vivió enfermo y consideró la naturaleza como enemiga y verdugo del género humano.

Notad que casi todos murieron ántes ó poco después de los treinta años. Y dicen que el *dolor no mata!* . . . Esta sentencia es absurda como la otra hoy tan decantada que dice *querer es poder*. No: querer *no* es poder; el dolor consume y mata! El olímpico pagano Goethe, el calmoso puritano Wordsworth, el sereno creyente Manzoni han alcanzado la edad de ochenta años. Keats falleció á los veinte y cuatro años, Byron á los treinta y seis, Shelley á los treinta, á los treinta y nueve Burns y Leopardi — desdichados ó infelices todos.

* *

Los ménos infelices fueron los que lograron reconcentrarse en su arte y vivir lo más posible en el entusiasmo lírico de la creación. Hoy se ha vuelto *commonplace* el poner en ridículo la inspiración y el entusiasmo poético; desgraciadamente la pasión fría y la epilepsia artificial de ciertos poetas histriones parece dar razón á los críticos chacoteros. . . Pero no hay justicia en esto. Las cosas más bellas, los versos inmortales son producción de momentos extraordinarios de entusiasmo y divina visión. Cada verdadera creación altera el equilibrio ordinario y momentáneamente transfigura al poeta, al pintor, al músico. En tales momentos, esos grandes infortunados fueron sin duda dichosos gozando de una felicidad desconocida ó inconcebible para los *filisteos* y los aficionados.

Dos grandes alemanes, Schiller y Juan Pablo Richter (un gran poeta en prosa) dieron un sublime espectáculo al mundo resistiendo al destino y engrandeciéndose en la lucha con los hombres y con los acontecimientos. En esas dos personalidades la Alemania venera en igual modo el arte y la vida, al escritor y al hombre. La vida de Schiller es un continuo elevarse y perfeccionarse. El es la más noble voz de su país y uno de los verdaderos *leaders* de la humanidad.

El corazón de la Alemania palpita en el pecho heróico del autor

de *Guillermo Tell*, del poeta del *Marques de Posa*, de *Tecla* de *Max Piccolomini*. Goethe es incomparablemente más hábil y grande artista, pero Schiller es el verdadero poeta nacional de la Alemania. También como lírico se levanta á supremas alturas cuando su magnánimo corazón se conmueve.

La labor constante para alcanzar la ansiosa perfección artística, la conciencia de su propia actividad y de su propio progreso, consolaron á Schiller, en las desgracias, en los desengaños, en la pobreza y en las enfermedades. Durante sus últimos quince años de vida escribió los más admirables entre sus poemas dramáticos. Y cuando la muerte vino, lo encontró preparado y sereno: y al borde ya de la eternidad dijo que *se sentía cada vez más tranquilo*. Schiller dejaba en pos de sí obras que debían aumentar la felicidad, la dignidad, el adelanto moral y estético del género humano, y había usado bien del *Tiempo*, ese grande, único, inapreciable, irrevocable don concedido al hombre.

Mhn, Vermachtals, wie herrlich
weit und breit!
Die Zeit ist mein Vermachtals,
mein Acker ist die Zeit.

Los fosfatos como fertilizantes

REMINISCENCIAS DE ESTUDIANTE

(Carta al Director de *La Colonia Española*, D. José Mellado)

POR CARLOS MARIA DE PENA

Mi estimado señor: Tuvo el placer de recibir con su atenta del 8 del corriente el cuestionario que dirigo Vd. á la Sociedad de Economía, relativo á la exportación de huesos, cenizas y otras materias fertilizantes y á los efectos de esa extracción sobre las tierras y los pastos.

Llevaré oportunamente á conocimiento y estudio de los compañeros de aquella modesta Sociedad los problemas que Vd. propone, en cuanto sean de su competencia en los diferentes tópicos que abrazan, y me permitirá que anticipo ahora de mi sola cuenta y como opiniones individuales, algunas reminiscencias y breves consideraciones que me sugiere su iniciativa.

No he tenido ocasión de conocer los estudios publicados en *La Colonia* sobre los puntos en consulta, y juzgo acertada la reproducción que anuncia Vd. en el editorial que me incluye.

Recuerdo que á fines de 1873 el malogrado Dr. Lavandeira, de quien fui discípulo, nos decía en el aula de Economía en la Universidad, que estábamos esportando los más ricos elementos de nuestro suelo, sin aperebirnos del mal que esto pudiera traer en el futuro. Con tal motivo, él, que no daba sus lecciones sin la ayuda de la estadística nacional, que juzgaba incompleta su enseñanza sino estudiaba con especial esmero las condiciones económicas de la República, — me obligó un día al examen detenido del sistema proteccionista, su aplicabilidad en el Río de la Plata, y sus doctrinas y consecuencias en los Estados Unidos.

Carey y Peshino-Smith eran en el caso, libros obligados de consulta. En esos días precisamente comunicaba la prensa el estallido de una gran crisis que en los días 18 y 19 de Setiembre de 1873,

había producido la suspensión de pagos en 37 bancos de primer orden en Nueva York; de 12 en Filadelfia. Doscientas compañías de caminos de fierro con un pasivo de mil millones de dollars no podían pagar los intereses de sus deudas hipotecarias. Centenares de fábricas habían suspendido sus trabajos, y sólo en la ciudad de Filadelfia 52,000 obreros fueron despedidos en seis ó siete días. Los bancos habían comprometido sus fondos por millones en ferrocarrilos, empresas agrícolas ó industriales, que se proyectaba fomentar maravillosamente á la sombra del sistema protector. Los estragos de esa crisis del 73, prolongada hasta fines del año 77, venían condensados en cifras enormes en todas las correspondencias comerciales, periódicos y revistas económicas. El cataclismo había sido previsto por algunos estadistas norteamericanos y por economistas muy distinguidos de la escuela liberal europea. Como causas principales de la catástrofe se apuntaban tres: el régimen del papel moneda, las tarifas proteccionistas y la fiebre en la construcción de vías de comunicación, originada del mismo sistema proteccionista y para dar salida á la exhuberancia de producción en los principales centros industriales.

Era bajo la presión de tales acontecimientos que mi querido maestro y amigo me imponía la tarea de estudiar los efectos del sistema protector.

El sistema — me decía — aparece allá con una base científica cuyo análisis pone á concurso todas las nociones de química, geología, fisiología, etc., que han podido adquirirse en nuestros cursos embrionarios de segunda enseñanza.

Y en verdad, bastaba recorrer el índice de cualquiera de las dos obras mencionadas para persuadirse de que el asunto se presentaba bajo un aspecto diverso del que habían tenido hasta entónces las mismas cuestiones en el continente europeo.

Un tratado de economía, que empieza por estudiar la *ley de la circulación perpétua en la materia y en la fuerza*, salía por completo del cuadro trazado á la ciencia en los manuales más comunes.

Para demostrar las ventajas del fomento de la producción nacional por medio del proteccionismo aduanero, se empezaba por analizar las relaciones de armonía entre la vida vegetal y la vida animal; las leyes naturales de la producción vegetal en cuanto afectan al desarrollo de la población; la formación de los terrenos y la ley de su adaptación á la ocupación y cultivo por el hombre. Se estu-

diaba la influencia de la proximidad de los centros consumidores sobre la fecundidad del trabajo agrícola; los efectos desastrosos de los mercados lejanos de consumo sobre los modos diversos de cultivo; el empobrecimiento del suelo como consecuencia del sistema comercial en que predomina la exportación; la necesidad de una población densa para impedir la pérdida de las materias fertilizantes.

Y estábamos en plena cuestión de los fosfatos. Véase cómo.

Hechos visto, decía el profesor norteamericano, que el fenómeno de la germinación no es más que una parte del fenómeno de la circulación; que no hay nuevos elementos creados por las fuerzas vegetativas, sino que éstas no hacen otra cosa que transformar elementos preexistentes. Cada cosecha está formada de sustancias suministradas por las anteriores, y los principios que faltan en los abonos desaparecerán tarde ó temprano de los productos. El agotamiento y la renovación deben sucederse en iguales proporciones. Si un elemento, por débil que sea su proporción, es constantemente extraído del suelo, el producto de que constituye parte integrante debe al fin cesar de formarse. Si los animales se alimentan sobre la tierra, sus excrementos le devuelven una gran parte de la materia inorgánica que lo han extraído las plantas, de que se alimentan los animales. Pero los pastizales más densos presentan al cabo de cierto tiempo signos de agotamiento, si los animales nuevos que en ellos se apacentan son enviados á mercados lejanos. Que no lo sean, y devolverán á la tierra fielmente el abono . . . Praderas como las de Cheshire, en Inglaterra, famosas por la producción de manteca y queso que se consumían fuera de allí, se empobrecieron á tal punto, que fué necesario restaurarlas por la aplicación de un abono de huesos molidos, — de huesos humanos traídos en gran parte de los campos de batalla del Continente, — que contienen químicamente las mismas sustancias que la lecho.

El profesor Johnston refiere que, tierras que no daban al año más que 5 chelines de renta, han llegado á dar 40 chelines, debido á la aplicación de los fosfatos de cal, de que por ignorancia se las había privado.

Cosechas de especies vegetales diferentes absorben las materias inorgánicas en proporciones diferentes. Los granos, por ejemplo, se apoderan especialmente de los fosfatos; las papas y los nabos, de

la potasa y la soda. Pero todas las cosechas, naturales ó artificiales, toman á la tierra algún ingrediente esencial; y sea en la forma que fuere, ya entre ese ingrediente en los músculos ó los huesos de los animales ó del hombre, en los tejidos de algodón, de lana ó de lino, en los zapatos ó en los sombreros fabricados con la piel ó con el abrigo de los animales, y sea cual fuere el número de transformaciones que haya podido sufrir, el poder vegetativo de la tierra, de que ese ingrediente ha sido extraído, se encuentra disminuido en igual cantidad. La naturaleza es un acreedor indulgente que no presenta cuenta de daños y perjuicios por el agotamiento de su fertilidad. No tenemos el hábito de tomar en cuenta lo que debemos á la tierra.

De estas consideraciones científicas (expuestas aquí somerísimamente) derivan Carey y Peshine Smith todo el sistema proteccionista, tal como lo han puesto en práctica los norte-americanos.

Los mercados de consumo deben estar muy inmediatos á los centros de producción. La tasa del transporte entre mercados lejanos obliga á los productores á decidirse por las cosechas que ofrecen mayor valor en menor volúmen. Pero el abono es necesario para que la cosecha se mantenga y se reproduzca. Si la materia prima ha de ir á elaborarse en el extranjero, los cultivadores pierden los desechos de toda manipulación industrial sobre las primeras materias, y se recargan despues con la tasa doble del transporte en los productos elaborados por el extranjero. Los desechos de la elaboración de productos vegetales y animales, son elementos reconstituyentes de la fertilidad de las tierras.

Acercar el productor al consumidor, é impedir que la transformación de las materias primas se haga fuera de los centros de su producción, es una necesidad vital para el progreso social, como lo es para mantener el poder vegetativo de la tierra. Para lograr estos dos objetos se necesita que el legislador intervenga, fomentando la producción nacional y favoreciendo el comercio interno, que en el órden de la naturaleza precede y alimenta al comercio exterior.

En verdad, estos libros hablaban al espíritu en un lenguaje completamente nuevo. Parecían ensanchar demasiado el campo de la economía. La geología y la biología llenaban las primeras páginas.

« Despues de haber expuesto las leyes generales, que, independientes de la intervención humana, obran en el ciclo de la vida

animal y de la vida vegetal, estamos en disposición de estudiar en detalle cómo el suelo está preparado para ser el teatro del trabajo del hombre, qué resultados progresivos obtiene el hombre con sus esfuerzos, tanto para procurarse los alimentos como para subvenir á otras necesidades, cuya presión se hace sentir desde que queda satisfecha la necesidad primordial de su naturaleza vegetativa. »

La *Química agrícola* de Liebig, había salido de los institutos agronómicos é invadía pasmosamente los dominios de la Economía política.

Ricardo había proclamado su doctrina de la renta, según la cual el hombre había empezado por ocupar las tierras más fértiles y quedaba sometido para siempre á luchar contra una fertilidad decreciente.

Carey se consagra á desvanecer esas profecías de *la ciencia triste*; ¡ destruye históricamente la hipótesis de la ocupación de las tierras que sirve de base á la teoría del economista Ricardo; estudia la formación de los terrenos, su adaptación á la ocupación y al cultivo por el hombre.

Liebig había proclamado que para conservar á la tierra una fertilidad constante era necesario restituírle en forma de abono la suma de materias minerales que las cosechas le arrebatan cada año. « El agricultor del porvenir podrá, como el industrial, destinar á cada cultivo un libro especial en que le bastará incluir las cifras resultantes de un análisis de cenizas de las plantas cultivadas, para conocer la naturaleza y cantidad de los abonos que deberá emplear á fin de conservar ó aumentar la fertilidad de sus tierras. »

Los descubrimientos de la ciencia en el primer tercio de este siglo, y la revolución operada en los métodos y procedimientos de investigación, han dejado profunda huella en la ciencia económica.

El mismo Carey que había empezado por declararse en 1837 adversario decidido de toda reglamentación en los cambios con el extranjero, declara diez años más tarde, despues de indagaciones laboriosas, que el libre cambio proclamado por la escuela inglesa era funesto para los Estados-Unidos.

Durante algunos años, dice él mismo, me fué imposible señalar el grave error que vislumbraba en la teoría del libre cambio. Había estudiado diferentes períodos de la vida económica de su país y había comparado con otras naciones en que el régimen protector estaba establecido. Fué entonces (en 1847) que observó el fenómeno de que á medida que la población se presentaba más com-

pacta, las tierras más ricas ó más fértiles podían entrar en cultivo. Estudió la causa de esa tendencia extraordinaria á la dispersion y al aislamiento, cuya existencia se manifiesta en los países americanos, y se apercibió del empobrecimiento constante del suelo, como resultado de la dependencia de los mercados extranjeros en cuanto á la venta de los productos brutos ó frutos naturales, extraídos de la tierra. Para triunfar de semejante dificultad, para devolver al suelo nuevo vigor, para que la agricultura fuese una ciencia y las tierras más fértiles, sometidas á cultivo, era necesario que los hombres pudieran acercarse y reunirse en vez de permanecer alejados, sin poder ayudarse recíprocamente en todas las relaciones de la vida y de la producción nacional. Para que llegasen á asociarse y combinar esfuerzos, era indispensable que hubiera diversidad en las tareas y los trabajos que habían de poner en íntimo contacto á los productores con los consumidores. Producir esta diversidad y crear un gran comercio nacional como base de un extenso comercio con el extranjero, era el fin con que se habían dictado las medidas de protección que habían dado por resultado la riqueza y prosperidad de la Francia, de Alemania y otros países de la Europa Continental, comparados con la decadencia de aquellos en que se había implantado el sistema del libre cambio á la inglesa. En Estados-Unidos, la prosperidad era compañera inseparable del sistema protector, y el período de libre cambio, concluyó con una bancarrota general. De la ampliación de estas ideas resultaba que la protección, como sistema no era una cuestión industrial, sino una cuestión agrícola.

Carey declara que llegó á estas conclusiones, aplicando á las materias que abraza la ciencia social, los principios y las leyes descubiertas por la ciencia moderna: « las leyes instituidas para regir la materia bajo forma de arcilla y de arena son idénticas á las que rigen esa materia cuando toma la forma del hombre ó de las sociedades humanas. . . . La agricultura difiere de los demás trabajos del hombre en que el agricultor está constantemente ocupado en *fabricar* una máquina cuya potencia aumenta de año en año, mientras que el armador de un navío y el conductor de vehículos emplean constantemente máquinas cuyo poder disminuye con la misma regularidad. La industria del primero consiste en crear y mejorar los terrenos, aumentando su poder con el acrecentamiento de la riqueza y de la población. Es necesario desarrollar completamente la ley de perpetuidad de la materia relativamente á la influencia que ejerce sobre la ley de la población. »

Desde 1842 los Estados-Unidos entraron decididamente al régimen protector. El joven Jonathan se propuso un día llegar hasta las barbas del gigante John Bull.

No era una lucha pueril. Nación joven, vigorosa, ilustrada, respirando ámpliamente el aire puro de la libertad, abierta á las corrientes de la inmigración, ofreciendo en su suelo inmenso rica variedad de productos naturales; emprendedora, osada, sintióse empujada á arrebatar á la Inglaterra el cetro en los dominios de la industria y del comercio.

Por medio de las altas tarifas se impuso el sacrificio de producir y consumir dentro de sus fronteras, rechazando los productos que el extranjero le hubiera proporcionado á más bajo precio. Jonathan estaba en el pleno vigor de la juventud. Más tarde cuando se analizó la prosperidad deslumbradora de Estados Unidos y se trató de explicarla, hubo quien exclamó: representan una aberración que parece inexplicable; y se contestó: esas aberraciones son como las de los astros; necesitan que venga un Leverrier á explicarlas, encuadrándolas en el dominio de los principios descubiertos.

¿Porqué el régimen proteccionista ha alcanzado tanto favor en los Estados Unidos? — Esta era la pregunta que condensaba toda la conferencia que el catedrático me había obligado á presentar en el aula. ¿Que relación podía encontrarse entre la doctrina que se anticipaba en parte á los hechos y los hechos mismos, que en parte sirvieron también para robustecer la doctrina en su comienzo?

País inmenso, privilegiado bajo todos los puntos de vista, con superabundancia de productos naturales y alimenticios, que constituyen la materia prima de la más positiva riqueza humana; ricos en excelentes pastos, en cereales, en carnes, en pieles, en algodón, tabacos, maderas, en minerales de gran consumo en la vida social, — le fué bien fácil desarrollar su agricultura y perfeccionarla, manteniendo bien alta la barrera del impuesto aduanero contra todo producto manufacturado del extranjero, bajándola hasta el libre cambio cuando se trataba de introducir materia prima y adelantos ó inventos del extranjero.

La fecundidad de los recursos naturales; la especialidad de su posición y condiciones geográficas; las aptitudes que comenzaron á desarrollarse asombrosamente, favorecidas por un sistema de educación, libre de los reatos de la rutina y compañero y auxiliar poderoso del progreso científico; el crédito, difundido por todas partes y robustecido en su poder por mil combinaciones diversas; — estas

causas y otras que fuera ocioso analizar aquí,—dieron por resultado que los Estados Unidos salieran triunfantes de su aventura proteccionista, y quedáran asegurados de un año para otro contra toda eventualidad, merced al incesante progreso de la agricultura en todos sus ramos. . . .

Las opiniones emitidas en el aula, en 1873, viéronse más tarde confirmadas y robustecidas por el exámen que los hombres de ciencia hicieron en desempeño de comisiones especiales, sin otro objeto que el estudio concienzudo de los hechos.

En el órden material, dice un estadista francés, la superabundancia de los víveres constituye una superioridad económica evidente; cuando un país está provisto y asegurado por ese lado contra toda eventualidad y se siente dueño de la victoria en la lucha por la existencia es una gran fuerza nacional y una gran fuerza privada. Los americanos tenían en casa, en su propio país, un exeso enorme de espacio cultivable y de alimentos, que satisfacía ampliamente sus necesidades y les dejaba disponible buena parte para abastecer un poco á los hambrientos de todo el mundo.

Cerca de la mitad del territorio americano está destinado al cultivo agrario, que progresa á maravilla impulsado por el empleo de la maquinaria y de los abonos.

Largamente discutióse en el aula sobre las crisis originadas por las mudanzas rápidas en las tarifas y sus escalas; discutióse la decadencia en la marina mercante norte-americana; los vicios gravísimos engendrados por el proteccionismo en la gestion de los negocios públicos; las luchas entre republicanos y demócratas, enarbolando los primeros el estandarte proteccionista, pregonando los derechos aduaneros como el más fecundo y ménos oneroso de los impuestos indirectos, que gravita en parte sobre el producto extranjero, favoreciendo el desarrollo ó incremento de la industria nacional; agitando el otro el pendon del libre-cambio, aclamado con entusiasmo en el Sud, y en el Oeste, precisamente en las zonas agrícolas, en las comarcas más feraces en productos indígenas.

De todo esto se hablaba en el aula. Y cuando se llegó al estudio de los pueblos que han tomado carácter definitivo como rivales en el comercio de las dos márgenes del gran estuario del Plata y sus afluentes,—disertóse muy por estenso tambien sobre nuestra posicion geográfica, nuestros productos principales, las condiciones ventajosas del puerto de Montevideo y los del litoral uruguayo, que nos favorecen notablemente en el comercio con el litoral argentino y con el Imperio limítrofe.

Mezclada á todas estas disertaciones iba la consideracion compendiada de nuestra industria pastoril, el porvenir de la ganadería y de la agricultura, y como elementos muy importantes entraban en discusion: el suelo por su composicion, los pastos por su distribucion y potencia nutritiva; los cereales y plantaciones de todo género por su inmediata aplicacion á la alimentacion, á la industria fabril y al comercio.

Tratóse entonces de los *abonos*. Consideróse como prueba del adelanto y prosperidad agrícola de los Estados-Unidos el uso, notablemente estendido, que se hacía de las materias fertilizantes.

Datos muy concretos, de que carecíamos entonces, vinieron más tarde á dar su importancia verdadera y trascendente á las consideraciones generales con que el robusto y claro talento de Lavandeira habia ilustrado aquel debate interesantísimo.

Las exigencias del cultivador ménos entendido,—dice un agrónomo español,—llegan allí (E. U.) hasta el punto de reclamar del comercio una clase de abono especial para cada planta, ó por lo ménos para las que más se diferencian entre sí, de entre las que constituyen el principal producto de las diversas cosechas que del suelo se obtienen. Sólo así se explica, que las fábricas de esta clase de productos sean tan numerosas y estén tan extendidas. Entre las 126 de más importancia que registra el censo (datos recopilados en 1879), emplean 2.951 caballos de vapor, y representan un capital de 4.395,948 \$. Los productos anuales que elaboran, están valorados en 5.815,118 \$. A esta enorme cantidad de abonos producidos en el país, hay que agregar una importacion extranjera de fertilizantes, por valor de 215,400 \$ y además 22,800 toneladas de guano, que valen 528,700 \$.

Un país nuevo, con inmensas tierras vírgenes, con riquísimas praderas en el Oeste necesitaba tan enorme cantidad de abonos? . . .

«El agricultor norte-americano es á la vez, con contadas excepciones, ganadero, y mantiene sus reses y rebaños en sus propias haciendas, *supliendo con el cultivo de prados artificiales lo que le falta de yerbas naturales ó espontáneas*. Fiel observante de las prácticas aprendidas de sus abuelos ha trasplantado de Inglaterra el sistema completo de cria y aprovechamiento, á la vez que las castas y razas de más conocida ventaja, perfeccionándolas de día en día por la seleccion, y mejorando sus cualidades biológicas y económicas. Las vacas de más abundantes leches y más succulentas carnes, pacen en sus prados, descollando las castas inermes, y

las lanas de sus merinos y tipos ingleses pueden ya competir con los de Australia. . . El desarrollo de la ganadería norte-americana y la excelencia y variedad de los productos que de ella se obtienen acusa desde luego una gran perfección en el cultivo de los prados, y así es en efecto, encontrándose en ellos en uso los mejores procedimientos en las labores, cría y beneficio, sobre la base de producir yerba fresca que se paco en las mismas praderas, y el heno suficiente para la alimentación de los ganados en los establos durante el invierno.»

Por manera que la espontaneidad de los prados naturales no fué el fundamento de tan asombroso progreso ganadero; ni se contó con la feracidad natural de los campos, ni con la inagotable fertilidad de las tierras, como ha sucedido y sucede en la República Oriental.

El departamento de agricultura en Washington, las escuelas, corporaciones, ó institutos agronómicos en los Estados; los hombres de ciencia, por iniciativa propia; los agricultores, por interés de su industria, se han consagrado al estudio de la vegetación en sus relaciones con la ganadería; han publicado los análisis de los terrenos y los de las plantas indígenas; han propagado conocimientos estensos y muy variados acerca del cultivo de los pastos, procedimiento de conservación, etc. De esos estudios locales, prácticos, metódicos, carecemos hasta ahora en la República. Corresponde iniciarlos á la *Asociación Rural*.

En los países del Plata se ha procedido y se procede todavía de otra manera. Los prados naturales son estensos y muy favorables á la cría de los ganados. La naturaleza ha sido muy pródiga y continúa siéndolo á pesar del consumo sin reemplazo y del abuso improvisor y funesto que vamos haciendo de sus dones gratuitos. — «La ganadería, — podemos decir tomando estas palabras de un libro argentino, — se halla todavía aquí en estado embrionario; se deja todo á la naturaleza sin pensar que se la tiene que ayudar, que se la ha de dirigir, si es que se quiere sacar de ella ventajas proporcionales. No es, pues, extraño, que cambios de tiempo desfavorables causen á veces pérdidas enormes á los hacendados, las que si bien son pronto repuestas, hubiera sido fácil y mejor evitarlas. Una relación más combinada entre la ganadería y la labranza, como ser el cultivo del pasto en grande escala á fin de tener alimento para

los animales, cuando la seca destruye los pastos naturales, contribuiría á precaverlas, como también sería de alta conveniencia cercar los prados en secciones, para tener siempre pasto fresco y bien sazonado.»

En el camino de estas reformas vamos entrando con paso firme, y proclaman la evolución económica los mismos rurales que han iniciado el cierre de los campos, la extirpación del abigeato, y la codificación rural, traducidas más tarde en garantías á la propiedad y aumento de la riqueza nacional.

«Al lado de la ganadería se encuentra la agricultura, dice nuestro ilustrado compatriota D. Remigio Castellanos. Suponer á la agricultura independiente de ésta, es un absurdo. En este país, hoy de ganaderos, vamos caminando, con el cierre de los campos, el cruzamiento y las razas importadas, al desarrollo de esta inmensa riqueza que ya se acerca y avanza. Ganadería, agricultura: estos son los cimientos verdaderos, esas las bases incommovibles de positiva grandeza de pueblos libres y laboriosos. — La ganadería y la agricultura son hermanas gemelas, y el fomento de una depende del fomento de la otra; ambas se completan, ambas se relacionan íntimamente. . . »

La ganadería y la agricultura son las industrias destinadas principalmente á la producción de alimentos y á suministrar la materia prima sobre que trabajan las otras industrias. Las leyes que rigen la producción de los alimentos son, según la escuela de Carey, el punto de partida de la economía política y la base sobre que debe apoyarse esta ciencia. La física, la geología, la botánica, la química orgánica, la biología, reclaman su lugar desde las primeras capas de cimiento en el edificio de la ciencia económica.

Era aprovechando todas las luces vivísimas que esas ciencias comenzaban á esparcir á la sazón por el mundo, — que el economista norte-americano amontonaba los materiales informes que habían de servir para la transformación de la ciencia social. Los naturalistas suministraron los prolegómenos. Aumentado en el mundo el número de los individuos era preciso estudiar el aumento correspondiente en la cantidad de alimento animal y vegetal; y para obtenerlo era forzoso producir movimientos y cambios en los materiales que la naturaleza ha puesto al alcance del hombre. Los pastos, el trigo, el maíz, la avena; las vacas, las ovejas, los cerdos; la manteca, los quesos, las harinas, la carne, los vegetales alimenticios, reclamaban y reclaman una parte de la roca, de la arcilla, de la arena;

el carbono, el oxígeno, el azoe, el hidrógeno; el azufre, el fósforo, el cloro, la cal, el potasio, el sodio, el hierro y otras sustancias *inorgánicas, que tomadas por la planta, del aire, del agua, de la tierra, de la roca, entran á formar parte integrante del sistema huesoso, de los tegidos, de la sangre, en los animales, y vuelven á sus fuentes primitivas por metamorfosis y cambios sucesivos, por secreciones líquidas y sustancias excrementicias.*

El profesor Draper decia que el aire atmosférico es como la cuna de la vida vegetal y la tumba de la vida animal. El desarrollo comienza en el estómago de las plantas decia Goethe. Sin ese estómago, sin esa operacion de digestion, no se habria visto jamás comenzar esa faz del gran cambio que ha hecho pasar el mundo inorgánico, de las formas angulosas á las formas ovals y magníficas del organismo desarrollado en su más alto grado; y jamás la tierra hubiera llegado á ser la residencia del hombre que necesita para mantenerse de un alimento animal y vegetal á la vez.

La planta es un fabricante de tierra, y lo son tambien todos los seres vivientes, dotados de movimiento, que recorren la superficie del globo. El desarrollo que comenzó en el estómago de la planta, se continúa, — dice Carey, — en el estómago del hombre, que algunos comparan con una máquina locomotiva. El hombre introduce en su estómago á guisa de combustible los diversos productos de los reinos vegetal y animal; una vez en el receptáculo quedan sometidos á la operacion de descomposicion, de la que resultan el calor vital y la fuerza. La evolucion comienza con el ácido carbónico y el agua, y termina con las mismas sustancias. Los mismos materiales, el mismo carbono, por ejemplo, circulan de nuevo, en todos sentidos, ora flotando en el aire invisible, ora formando la sustancia de la planta que crece, ora disolviéndose en el aire para recomenzar la misma revolucion. Hoy forma parte del vegetal; pues entrará mañana en la estructura del cuerpo humano, y estará al mismo tiempo consagrado, en union con el oxígeno — como ácido carbónico — á la descomposicion de la potasa, á la separacion de la sílico en los feldespatos. . . El ácido carbónico es el más poderoso disolvente de las materias durísimas que forman el globo.

La materia descompuesta continúa siempre en movimiento; el hombre apresura ó retarda esa evolucion; pero los diversos minerales que utiliza no vuelven jamás á su forma primitiva; la cal no vuelve á convertirse en piedra calcárea despues de haber entrado en la composicion de las sustancias alimenticias. Consumidas éstas, vuel-

ven al aire atmosférico ó á la tierra. Vivimos absorbiendo constantemente y abandonando á la vez á la tierra y á la atmósfera las moléculas que componen nuestro sistema animal. . . La importancia del fosfato de cal en la economía animal está de manifiesto con sólo considerar que ordinariamente los huesos secos dejan como residuo despues de la combustion la mitad de su peso en ceniza blanca, que en su mayor parte no es otra cosa que fosfato de cal. La planta está maravillosamente organizada, de manera tal, que su desarrollo no es posible sin el concurso del ácido fosfórico que recoge, transforma y suministra al animal. El suelo no está abundantemente provisto de esta sustancia y de otras indispensables que la planta y el animal deben tomar y devolver á la tierra, su madre comun. Existe una circulacion ó rotacion continua de sustancias minerales, y cada partícula debe prepararse con celo para un nuevo servicio despues de haber cumplido una de las funciones impuestas por ley de su naturaleza. La planta como el animal deben restituir infaliblemente los materiales que han tomado de la tierra; y es sólo á esta condicion que el movimiento podrá aumentarse ó conservarse. La tierra está dispuesta para prestar espontáneamente todo — agrega Carey — y dará cuanto se le pida si el hombre tiene presente que no hace más que pedir prestado á un banco inmenso donde la puntualidad se exige con tanto rigor como en los bancos de América, de Francia ó de Inglaterra.

Donde la diversidad de los trabajos existe, el productor y el consumidor se ayudan uno á otro; el movimiento y el cambio rápido de los productos del trabajo aumentan constantemente y tambien aumenta el poder de reembolsar á la tierra los préstamos que nos hace, y de obtener crédito mayor para nuestras necesidades futuras.

El fenómeno del empobrecimiento del suelo en los países nuevos, parece evidente. La Virginia y las Carolinas han ofrecido ese espectáculo. Se empezó por obtener 40 y 50 fanegas de trigo por *acre*; la cantidad disminuyó por año hasta quedar en un límite ínfimo de 15 á 20 fanegas por *acre*. En el Ohio se observó un fenómeno parecido. Hace apenas un siglo pasaba igual cosa en el estado de Nueva-York. — Se ha dicho que ha sucedido lo mismo en algunos distritos de nuestro departamento de Canelones.

La química agrícola ha concluido por recomendar, decia Schleiden, que no sea de papas la primera cosecha que se haga en un terreno, tal como se ha hecho muchas veces en Europa. Primero el centeno, despues el trébol comun, despues la papa. La materia

nutritiva tomada del suelo por la planta se compone esencialmente de elementos inorgánicos de aquel, y son estos elementos y nó las sustancias orgánicas las que constituyen principalmente la riqueza del suelo.

En muy pocos campos siembran los norte-americanos seguidamente el trigo. Despues de cosechar éste, se dedican al trébol, despues al maíz. La alternativa suele ser de tres, cuatro y cinco años en los Estados productores del cereal. Antes de la siembra del maíz, el agricultor norte-americano prepara el terreno, abonándolo, ora con cal molida, 20 á 80 hectólitros por hectárea; ora con yeso, que absorbe la humedad en exeso; ora con sal; con cenizas vegetales, con huesos en polvo, 10 á 20 hectólitros por hectárea. Siguen pues, al pié de la letra los aforismos de Liebig, y así se explica que hayan realizado los Estados-Unidos en un período de 20 años una sorprendente evolucion agrícola, devolviendo continuamente á la tierra las sustancias fertilizantes.

No es mi propósito examinar aquí la doctrina proteccionista de Carey. Quería demostrar que esta cuestion de los fertilizantes tiene ramificaciones de importancia con problemas trascendentales de la ciencia económica, y sirve como principio en el sistema protector.

Pero parece que con las doctrinas de Liebig no ha quedado ni con mucho agotado este asunto.

Frente á la escuela numerosa que el ilustre químico ha logrado formar, hay otra escuela que reconoce por jefe en Francia á un agrónomo distinguido, Mr. Chevreul. Esta escuela atribuye á los abonos un valor puramente *complementario*; empieza por estudiar los recursos ó elementos del suelo, las exigencias de las plantas cultivables, y establece despues la proporcion y la calidad de los abonos requeridos, preocupándose de determinar la naturaleza de la combinacion á que cada sustancia fertilizante dá origen en la tierra.

El profesor Dehérain en su curso de fisiología vegetal aplicada á la agricultura se expresa en estos términos: « Las materias útiles á los vegetales están sometidas á diversas causas de disminucion: son asimiladas por las plantas que se desarrollan á sus espensas, pero es un error que se atribuya á estas asimilaciones una influencia sensible en la riqueza de los terrenos . . . »

Mas esto no quita que el profesor de Agronomía en el museo de historia natural de Paris, — el mismo Mr. Dehérain, proclame la

utilidad de los fosfatos como materia fertilizante y se ocupe de demostrar que la ventaja del empleo de los fosfatos está ligada no solamente á la riqueza del suelo — es decir: á los elementos propios de su natural constitucion, — sinó tambien al modo de cultivo adoptado.

Esta cuestion es más complicada de lo que parece, — agrega el profesor; — os difícil formular hoy una regla absoluta que permita indicar *á priori* si conviene ó nó emplear los fosfatos, y concluye por establecer como resultado de sus análisis de laboratorio y de sus experiencias en *Champ Grignon*, 1.º: que cuando un terreno no contiene 0,5 de ácido fosfórico total por kilogramo, conviene ensayar el empleo de los fosfatos que tiene grandes probabilidades de buen éxito; y, 2.º, que cuando un terreno contiene más de 0,5 total por kilogramo, es necesario determinar la proporcion de ácido fosfórico soluble en el ácido acético desleído y reconocer sí, multiplicando la cifra así encontrada por el peso de la tierra de una hectárea, se encuentran más de 1000 kilogramos de ácido fosfórico soluble; es casi seguro que en este caso el empleo de los fosfatos no será ventajoso.

Mientras se trata de esta manera la cuestion de los fosfatos en los laboratorios y escuelas de agronomía, siguen su camino las ideas y los aforismos de Liebig: « Debemos esforzarnos en restituir siempre al suelo todas las materias minerales que de él hemos tomado al hacer la recoleccion de toda clase de frutos, restituyendo en la proporcion que existían, sin omitir ninguna. »

A este aforismo responde la escuela opuesta diciendo: hay que suministrar á la planta la materia útil, de que carezca el suelo. Estudiar la composicion del suelo y las condiciones ó exigencias de la planta cultivable; adaptar el cultivo al suelo, ó cambiar los elementos de este para cultivar la planta. En uno ó en otro caso el geólogo, el químico y el botánico deben unir sus observaciones y armonizar sus conclusiones, ó dar su veredicto; porque la utilidad ó la aplicacion conveniente en esas tierras, de una materia mineral, cualquiera que sea, depende del papel que esa materia desempeña en la planta y de la abundancia ó de las proporciones en que esa materia se encuentra en el suelo. Así lo proclama el profesor citado.

En punto á fertilizantes ha habido sus preferencias y las hay todavía, fundadas en experimentos de reconocida importancia. El que ha gozado más preferencia es el superfosfato de cal, muy acreditado en Inglaterra y Francia, dos de nuestros principales mercados de consumo en cenizas de huesos, huesos y guano.

Hace 30 años era muy limitado el empleo de los fosfatos; utilizábanse tan sólo los huesos pulverizados y el negro animal, que se encarecieron en poco tiempo. Se buscaron los fosfatos en el seno mismo de la tierra. Se encontraron depósitos en Francia, en Inglaterra, en Rusia; se hallaron *fosforitos* en España y en Francia.

Los superfosfatos no son otra cosa que fosfatos minerales atacados por el ácido sulfúrico. El profesor Déhérain dice que el descubrimiento de inmensos yacimientos de fosfatos de cal y su transformación por el ácido sulfúrico, es una de las adquisiciones más importantes de la ciencia moderna, una de las que más marcada influencia ha ejercido sobre la prosperidad agrícola.

Algunos experimentos en granjas especiales como la *Eastern Pennsylvania*, han dado como resultado comparativo del análisis la preferencia al superfosfato de cal para el trigo, declarándolo dañoso al maíz, y en general dañoso á los vegetales si se emplea solo, pues absorbe parte de la humedad del suelo, más necesaria en el acto de la germinación, retardándose así el desarrollo de las plantas. Los huesos de búfalo han sido aprovechados en Estados-Unidos para la fabricación de los superfosfatos.

Otro de los fertilizantes muy ponderados es la potasa, que se encuentra en gran cantidad en los vegetales, de cuyas cenizas se extrae para utilizarla en el comercio y las artes. Las tierras arables pierden por el cultivo cantidades notables de potasa. Pero no se sigue de esto que convenga emplear siempre como abono la potasa. « Las materias útiles á los vegetales, agrega el profesor citado, están sometidas á causas diversas de pérdida: son asimiladas por las plantas como elementos que se encuentran en el suelo, pero se incurre en error cuando se atribuye á esa extracción una influencia sensible en la riqueza de las tierras. Las pérdidas que ocasionan los fenómenos de oxidación produciéndose en el suelo tienen otra importancia, y muy á menudo se encuentra en las aguas de drenaje una cantidad de nitratos que encierra muchísimo más ázoo que las cosechas; ahora bien, esta pérdida por disolución no existe para la potasa, ni para el ácido fosfórico. Estas dos sustancias gozan de la preciosa propiedad de ser muy bien retenidas por la tierra arable . . . »

y si se reflexiona que el estiércol lleva á los suelos cantidades de ácido fosfórico y de potasa, inferiores en muy poco á las que existen en las cosechas, se concibe que nuestras tierras cultivadas (so refiero á las de Francia) puedan suministrar mieces abundantes sin que sea necesario restituirles especialmente sustancias cuya pérdida es muy limitada ».

¿No podrá decirse lo mismo de nuestros campos, favorecidos con la pulverización del estiércol de nuestros ganados y rebaños y con las deyecciones líquidas de tantos millones de animales como se apacantan sobre nuestro territorio? . . .

De lo que resultaría que la cuestión de los fosfatos no aparece con la gravedad, ni la importancia y trascendencia inmediatas que lo atribuía el economista ya citado, si con esmero se aplica á las tierras los estiércoles de los mismos animales, alimentados sobre el terreno, ó los de otros animales que suministran ese abono.

Si los fertilizantes no son otra cosa, según Chevreul, que la materia útil á la planta que falta al suelo, será necesario estudiar primero los terrenos y los pastos en el Uruguay para decir después cual puede ser la condición de nuestras tierras de pastoreo y de cultivo, si se las priva incesantemente de los fertilizantes más apropiados.

Si hemos de salir algún día del pastoreo embrionario que se satisface con lo que por sí sola hace la Naturaleza en beneficio de nuestras vacas y nuestras ovejas, y hemos de entrar con entusiasmo y energía á la selección y cruzamiento de razas, será preciso que cultivemos los pastos tan cuidadosamente como los animales; será forzoso estudiar nuestras tierras con ahínco, como los medios más económicos de cría, reproducción y mejora de las especies.

Los progresos de los Estados-Unidos en la producción ganadera y agrícola, asombran hoy á todos los demás pueblos. En cereales y en productos alimenticios elaborados, hacen concurrencia á todos los demás países, en los mercados europeos. Esto no se debe tan sólo á la *inagotable feracidad de las praderas naturales*. El cultivador norteamericano es un perfecto maquinista y aún con malas máquinas engendra prodigios. *Más vale maña que fuerza!*

Si hemos de creer á Read y Pell, enviados en comisión á Estados-Unidos y al Canadá por la Sociedad Real de Agricultura británica para estudiar la agricultura en todas sus fases y saber á qué atesorarse en la terrible lucha contra el *espectro americano*, — la agricultura, que hace prodigios con las máquinas y útiles de labor,

es la misma que practica las cosechas que se alternan; que asocia la agricultura á la ganadería, restituyendo constantemente á la tierra los elementos nutritivos que le tomó una cosecha anterior ó la cría de las especies animales. Y para esta devolucion del préstamo al maravilloso banquero, no se necesita indefectiblemente de *los abonos* fosfatados, que algunos agricultores en las latitudes del Norte y en algunas zonas del Oeste consideran todavía como estorbos. Hay quien pretende haber demostrado que una pradera abonada no produce más trigo, ni maíz, que otra que no lo esté. Y se sostiene que las tierras formadas de diversas capas vegetales pacientemente elaboradas por la Naturaleza, no admiten ninguno de los elementos que se les quiere restituir porque no los necesitan, porque superabundan en ellas.

Pero la codicia ciega al cultivador, y la necesidad de los abonos que con tanta intensidad se ha hecho sentir en los Estados del Este, debido á la composicion de su suelo y á la imprevision de muchos años, se hará sentir tambien en los Estados del Norte y del Centro, y en las fértiles praderas del Oeste con más urgencia, si cabe que en el Este, donde el agricultor no ha podido gozar de las alhagüeñas primicias con que le ha brindado la tierra vírgen en las fajas diluviales y en la region de las llanuras entre los *Apalachos* y las *Rocky Mountains*.

El cuestionario que ha publicado *La Colonia* requiere contestacion de geólogos y químicos, de ganaderos sagaces y de agricultores inteligentes. Contestadas las primeras preguntas, pueden el economista y el hombre de Estado abrir opinion sobre las tres últimas interrogaciones.

Hó aquí el plan de estudio que *La Colonia* indica:

¿Los fosfatos contenidos en los huesos, cenizas y restos de animales que se exportan para el extranjero, son materia necesaria y fertilizante para las tierras donde se han formado?

¿Los terrenos del Uruguay en su generalidad son fáciles para la diluicion de los fosfatos minerales contenidos en ciertas capas interiores ó en las superficies?

¿La exportacion ascendente que se ha determinado puede dar origen á una decadencia y empobrecimiento de las tierras?

¿Se notan sintomas ya determinantes de estos efectos?

¿Qué importancia tienen los fósforos procedentes de la trituracion de los huesos como abono fertilizante de las tierras?

¿Cuáles son los medios más hábiles para emplearlos en la mejora de los terrenos dedicados al pastoreo, y cuáles para los terrenos de agricultura?

¿Qué arbitrios aconsejan para combatir la exportacion ascendente de esta materia industrial?

¿El recargo del impuesto de exportacion será eficaz y bastante para aminorar los embarques?

¿Cuál es el cómputo estadístico de la exportacion en el último decenio comparado con el anterior?

Tiempo es ya, como lo dice *La Colonia*, de tomar en cuenta esa notable exportacion de huesos que se hace para Francia, Estados-Unidos, Inglaterra, Alemania, Bélgica, etc.

Era ántes muy comun encontrar esparcidos en nuestros campos los huesos de los animales que la peste ó el consumo de las estancias dejaban abandonados al aire libre, sin ninguna preparacion que pudiera facilitar su rápida asimilacion por la tierra. La pulverizacion de los abonos minerales, y especialmente de los fosfatos, es de importancia fundamental en el engorde rápido de las tierras. Si los huesos quedasen enteros, esparcidos acá y acullá por el campo, veinte ó treinta años serían necesarios para que las influencias físico-químicas de la atmósfera y de la tierra se apoderasen de las sustancias fertilizantes. La pulverizacion de los abonos minerales está fundada, segun Dumas el químico, en que la disolucion se verifica proporcionalmente á la superficie del sólido en contacto con el líquido activo. La pulverizacion multiplica al infinito las superficies atacables; luego, favorece una rápida asimilacion molecular. « No conteis con el tiempo para pulverizar los abonos, dice el ilustre químico; pulverizadlos vosotros mismos. Los minerales fosfatados ó potásicos, ineficaces en grandes masas, como abonos, se convierten, pulverizados, en fertilizantes de rápida y positiva riqueza. »

La práctica de nuestros estancieros de pasar una rastra sobre el campo para esparcir y pulverizar el estiércol, se funda en la misma ley que proclama el hombre de ciencia.

Desde 1856 comenzaron en el país las exportaciones de huesos, segun los datos que he podido recoger. Se me ha dicho que por el puerto del Carmelo se hicieron entonces tres ó cuatro grandes embarques, los que dirigidos á Inglaterra dieron excelente resultado, pues la recogida era completamente libre y gratuita en nuestros campos abiertos, *blanqueados de huesos*, segun la frase del estanciero que suministra estos datos, y sólo habia que pagar bajísimos derechos y el transporte y comisiones en moderada tasa. Pocos años despues ese comercio de huesos se fué generalizando; las barracas

le tomaron como un ramo accesorio en el comercio de *frutos del país*, y de libre y gratuita que era la recogida de huesos por el campo, se convirtió en puente de recursos para el estanciero y para sus *agregados* más sagaces. Cosa parecida ha pasado con las astas y pezuñas y con las garras, — considerados como desechos inservibles hace pocos años, en la mayor parte de los establecimientos rurales, y recogidos hoy con recomendable economía y prevision para el comercio de exportacion.

En 1869 esportáronse de la República 5,785 toneladas de huesas y cenizas de huesos por importe de 92,767\$. La Inglaterra era entonces el mercado casi esclusivo.

En 1870 la exportacion por Montevideo fué de 6,735 toneladas ceniza de huesos; y de 7,060 toneladas en 1871. En el año 1870 se exportaron además 1,374 millares de canillas.

Para Estados Unidos exportamos en 1872, 902 toneladas de huesos y cenizas de huesos, segun el cómputo del consulado norteamericano en esta ciudad.

En 1879, Estados Unidos figura en segundo término como nuestro mercado de huesos, recibiendo unos dos y medio millones de kilogramos de huesos y ceniza de huesos.

Y condensando, para no recargar con cifras la conclusion de esta carta:

De 1869 inclusive á 1882 inclusive, han salido de la República para el extranjero *176, 271 toneladas de huesos y cenizas de huesos*, sin contar los *millares de canillas* que forman renglon aparte en los cuadros de la estadística oficial, y cuyo cómputo no he podido hacer.

Los años de mayor exportacion son el 73, con 17.338 toneladas, y el 82 con 19.643 toneladas, — la cifra más elevada que se conoce.

Añádase además á esta exportacion enorme la de 47: 128,690 kilogramos de huano exportados de la República desde 1872 inclusive á 1882 inclusive; correspondiendo el máximun á 1878, en que salieron del país 8:393,947 kilogramos de huano, y el término inmediato al año pasado en que se exportaron 6:890,879 kilogramos.

Nuestro cónsul general en Berlin calcula en 10 millones de quintales el consumo anual de abonos en Alemania.

Y se oye en nuestro país hablar de tierras cansadas en el departamento de Canelones; de que la agricultura rinde poco; que el cierro de los campos ha modificado las condiciones de la alimentacion en los ganados, etc. Esas quejas deben preocupar seriamente á nuestras sociedades científicas y con mayor razon, por la especialidad de sus fines y encargo, á la Asociacion Rural y á la Direccion de Agricultura.

Estamos esportando nuestro suelo. Contamos demasiado con la feracidad de nuestros campos, abandonados á la accion de los elementos naturales. *Saqueamos* la tierra, como los colonos febriles y emprendedores del Misissipi y del Missouri que cosechaban y criaban á la carrera, como de paso, sin inquietarse por el porvenir, que habia de sonreirles mañana en una nueva pradera virgen, ó en las orillas aún inexplorables de algun rio ó gran lago.

De un año para otro vemos crecer ó retoñar los pastos; nos parecen ahora como trigales que surgen sin labor, engordan nuestras vacas y ovejas, dan lana abundante, larga y de cuerpo, y nos lisonjamos esperando que el año próximo será tan próspero como el que fenece ya; que la sávia vegetativa aumentará de suyo, y que tiene inagotable fecundidad ese rico manto de légamo pampeano que llena las ondulaciones de nuestros valles y sirve de túnica ligera á los relieves orográficos de nuestro privilegiado suelo.

Estamos descontando el porvenir con marcada imprevision. Un año no es igual á otro en el Calendario ganadero, y si alborea ya la época de los forrages cultivados, — auxiliar indispensable de los cruzamientos y mejora de razas y de perfeccionamiento de productos en las mismas, — ha de juzgarse razonable dirigir un poco la mirada escrutadora hácia los mismos horizontes que recorrieron los Percz Castellano y los Larrañaga; fomentar el estudio de nuestra historia natural, tan descuidada al presente como el cultivo de nuestra historia civil, y sacudir la somnolencia de espíritu de nuestra juventud que parece aletargada en medio de este marasmo político que afloja y entumece todos los resortes de la actividad individual y enerva y aplasta todas las fuerzas de la Nacion.

Puede repetirse todavia el hondo lamento de nuestro sábio Larraña, cuando la ceguera comenzaba á invadir sus ojos en represalia de los tesoros de luz, que habia ido arrebatando su espíritu á la naturaleza: «ya tengo 46 años — escribia a Aimé Bompland — y no veo término á los desórdenes que nos impiden entregarnos á nuestros trabajos predilectos. — ¡Si al ménos viera yo el término de

tantas desgracias públicas y privadas que me embargan los sentidos y abaten mis fuerzas!»

Ay! pasa demasiado lenta la ola cenagosa del presente; sin espegismos, sin estímulos, sin agitaciones, sin grandes esperanzas para dos generaciones que devoran su impotencia y su flaqueza en presencia de un morbo ignominioso que corroe las entrañas de la República.

Tarda mucho en alborear ese porvenir color de rosa que todos anhelamos.

Arrive l'avenir, le gendarme de Dieu, — digamos con el poeta, y deposite sencillamente cada uno su ofrenda en el altar de la patria fija la mirada en la contemplacion de dias mejores.

Escuse Vd., en atencion á la naturaleza é importancia del asunto, las estensas proporciones de esta carta, y acéptela como testimonio del aprecio que me merece.

Montevideo, Diciembre 5 de 1883.

Los escritos del Dr. Avellaneda

POR JOSÉ SIENRA CARRANZA

I

Tenemos ante nosotros un libro interesante, que nos pone otros más en perspectiva.

El Dr. D. Nicolás Avellaneda aborda la publicacion de sus obras en una coleccion completa que ha de llenar varios volúmenes.

El tomo publicado es una miscelánea de literatura crítica, política é histórica.

Vendrán enseguida los discursos, — luego una nueva edicion de sus « Estudios sobre las tierras públicas » que tanta sensacion causaron desde su primera aparicion en 1866, — y, finalmente, dos tomos que se titularán el uno, *Presidencia*, y el otro *Vida pública y Ministerios*.

La grande reputacion del literato y del orador, prescindiendo de la espectabilidad del hombre de Estado, basta á dar valor al acontecimiento.

Lo recibimos por eso en *Los Anales* bajo los más honrosos auspicios, — y trataremos de ofrecer una ligera idea del volumen publicado, procurando evitar en ella el sabor empalagoso del encomio incondicional ó exagerado, que envenena las organizaciones débiles, ó es devuelto como sustancia repulsiva por los espíritus superiores.

El Dr. Avellaneda no necesita la adulacion que forja séres perfectos, — le sobra con la justicia que reconoce y proclama las calidades eminentes que dan su relieve á una alta personalidad.

Hemos recorrido su libro, y hallamos en él al literato y al pensador, — y debemos agregarlo — al orador mismo que so sentirá siempre, aunque sólo sea á trechos, en las frases sobresalientes de sus escritos que traen las modulaciones [de su voz en el sello característico de su estilo.

II

El volúmen se abre con un artículo que no es un homenaje deliberado al príncipe de la oratoria francesa,—pero que sienta bien como primera página de las obras del gran orador argentino. Está perfectamente puesto ahí el nombre de Berryer, aunque él no sea el objeto directo del estudio, contraído más propiamente á los móviles y á la índole de las biografías escritas por tres damas, y publicadas en defensa de su génio.

Veamos lo que se realza en el artículo del Dr. Avellaneda.

Es la fidelidad del sentimiento de la mujer que se sobresalta y se pone en accion ante el peligro de la fama póstuma del hombre admirado y querido en vida.

Berryer no ha escrito nada,—ni los discursos que pronueció—ni las *Memorias* de su dilatada existencia.

La taquigrafía ha guardado las palabras de las improvisaciones de su elocuencia, despojadas del prestigio maravilloso de la voz, del gesto, del ademan, que arrebatan al auditorio.

Sin el aliento que les imprimió la vida, sin una de esas revelaciones del pensamiento íntimo que los produjo, que tienen generalmente su colocacion en las *Memorias* de los grandes hombres, vá á publicarse la coleccion de sus discursos, copiados de las versiones oficiales del « Monitor ».

Es ante este anuncio que las tres mujeres acometen arduamente su tarea.

Pero, tomemos los párrafos del Dr. Avellaneda.

« Los autores de estos relatos son tres mujeres — la vizcondesa de Yanzé, que proviene de la gran familia de los Choiseul,—la marquesa de Lagrange, que dijo de sí un dia como la Zulema del cántico de los cánticos « negra soy pero hermosa » *nigra sum sed formosa*—y Madame Yaubert la amiga de Berryer, de Musset y de Henri Heine, que mezcló á tantas existencias ilustres su corazón anheloso y atormentado.

« Creemos que este acontecimiento literario es único, y lo anotamos. Hay un rasgo que une las tres publicaciones, y es el movimiento de ternura, apasionado y ardiente por la memoria de un mismo hombre.

« El propósito de Berryer durante su vida es violado. Sus discursos van á ser publicados, y se imprime ya con rapidez el « primero, el segundo, el tercer volúmen ¡ Qué impresion « va á producir sobre un público olvidadizo y ligero, esta palabra « del orador recojida mecánicamente por un taquígrafo, estraída de « un diario oficial y condensada en páginas numeradas que sus- « traen toda escena, y que hacen pasar casi sin transicion del dis- « curso sobre la *adresse* defendiendo á Poligrac, al discurso pro- « nunciado despues de la revolucion en presencia de otra dinastía, « y cuando el Rey legítimo no tenia ya otro palacio sino el del « destierro en la triste ciudad de Praga!

« ¡ Pobre gran orador! Cuál será el efecto de su palabra friamente leída, sin el gesto de singular belleza que le daba vida, y « sin el poder mágico de aquella voz que nadie olvidó despues de « haberla escuchado, porque fué armonía para su oido, y estremo- « cimiento para su corazón!!

« Las tres mujeres, movidas por el mismo sentimiento, se ponen « de pié para resguardar contra esta prueba suprema una memo- « ria tan cara. Obedecen instantaneamente á una fascinacion del « cariño, y quieren que el discurso pueda ser leído al mismo tiem- « po que el orador séa conocido y amado, para que se lo presien- « ta tal como él lo pronunciara. Va á exhibirse tendida por el « suelo la espada de Rolando, y es menester mostrar á lo ménos « el brazo que la manejó, haciéndola arrojar el brillo que señala- « ba desde tan lejos su presencia en la batalla.

« Deben las tres publicaciones su origen á un sentimiento tan « delicado. Los libros pueden ser frívolos y carecer de observacio- « nes serias. Nuestras damas mismas aparecen quizá ligeras, pa- « seando sus victoriosas sonrisas por entre el tumulto de sus ad- « miradores; pero, no es, á la verdad, frívola ni ligera esta fide- « dad del recuerdo que se perpetúa hasta más allá de la tumba. « La pervenca de las Galicias dice Plinio, es una flor ténue que « apenas soporta el columpio del viento, pero los habitantes del « país aseguran que la parte de su tallo, oculta bajo la tierra, es « inmortal. »

Hemos reproducido todos estos párrafos para poner brevemente en evidencia el cúmulo de bellezas que el Dr. Avellaneda condensa en una página.

¿ Está la magia en el estilo?

Está en todo; — es la galanura de la frase, es el afinamiento del

sentido crítico, la exactitud, la profundidad y la delicadeza de la observación y del concepto, el pensamiento y la forma que lo expresa.

Hace ya muchos años que ocupándose también de Berryer había dicho el Vizconde de Cormenin: — « Tal vez en medio de su extendida dicción no es á veces muy correcto; pero esta falta que es muy común en todos los improvisadores parlamentarios, no perjudica al efecto de sus discursos. Ya hemos dicho que nuestros oradores no deben ser analizados ni leídos, es preciso oírlos. Su reputación sería más grande si la prensa no los reprodujese; pero tienen un enemigo en cada taquígrafo. »

Y más adelante agregaba:

« Si, la impresión mata á los oradores; y si yo me hallara en el lugar de Berryer perseguiría por todos los medios, y aún ante la policía correccional, á cualquier editor que me hubiese hecho la injuria de publicar mis discursos; y eso aún cuando para defenderse presentara al juez el « bueno para imprimir » firmado por mí, pues evidentemente no había podido sacarme la firma sinó á traición y por sorpresa. »

Tiene, pues, en esa parte el literato argentino la confirmación anticipada del gran crítico de los oradores franceses, cuyas observaciones mezcladas á la traviesa censura de los libros *encuadernados en tafete y con el canto dorado* que contenían los discursos de Périer, Foy, Salveste, Pasquier, B. Constant, Thiers Guizot y otros, importaban un aplauso á la discreción de Berryer celoso del misterio en que debían quedar encerradas aquellas galas de la elocuencia, ajadas y marchitas desde que les faltaban el color y la vida, la irradiación y el encanto del acento y del ademán con que habían sido desplegadas ante los auditorios deslumbrados con su brillo.

Pero esa aprehensión corporal, si así puede decirse, del móvil íntimo y delicado que agita simultáneamente á las tres escritoras, es un éxito de la fisiología del corazón, que requería la especialidad de las dotes del Dr. Avellaneda, la analogía de su índole con la del gran orador cuya póstuma gloria se defiende.

No puede ser más atrayente el cuadro cuyo velo levanta, y descubre en los tres libros el escritor argentino.

Se transporta el lector á aquellas escenas y á aquellas fiestas animadas del castillo de Augerville, á favor de las páginas en que *pasan á cada momento con su altiva mirada las marquesas de Berryer, como las llamaba irónicamente su propia mujer.*

Es un privilegio de los hombres superiores ese culto de los seres que los rodean, tanto más embriagador y lisonjero cuando lo sublimizan los encantos y las adhesiones del corazón de la mujer; — en que la propia mujer toma parte, no obstante las finuras de una ironía que no llegará al intento de apartar una de las flores depuestas en homenaje al genio que la embelesa con la participación de su renombre y su destino.

Pero estas son las palpitaciones de la vida que se guardan para siempre en la urna de los recuerdos sin confidencia, — cuyo secreto puede apenas penetrarse con la doble vista del corazón removido por las mismas emociones, y á través de los arranques de la ternura sobreexcitada ante el peligro del objeto querido, dando testimonio de fidelidad á una gloria y á un ser que se veneran más allá del sepulcro.

Recordando la comunidad de los sentimientos legitimistas y estéticos de Berryer y de Chateaubriand, el doctor Avellaneda nota que « ambos supieron asociar á su devoción las manifestaciones más mundanas de una vida galante. . . Los nombres de Chateaubriand y de Mme. Recumier viven juntos en la memoria, sin que por eso queden escluidas de la vida del cantor de *Los Martires* la aristocrática dama de los Ferbaques, la que entrelazó su nombre con el suyo en una columna del salón de Embajadores de la Alhambra, y aquella bella y pálida Paulina de Montmory « muerta de consunción en Roma. »

Hemos dicho que el juicio sobre el orador francés es un punto de interés secundario en este trabajo. Tendremos ocasión de apreciarlo ántes de terminar este artículo.

III

El contraste no puede ser más completo cuando — á la vuelta de la página en que se deja á los tres biógrafos de Berryer « al lado de la estatua del gran orador, como aquellas figuras de mujeres radiosas y brillantes que los discípulos del *Vandick* pintaban inclinándose sobre los marcos y mirando con asombro los retratos de su maestro, » — se hiergue ante nuestros ojos sorprendidos la escolástica personalidad del jurisconsulto Antonio Gomez, rasgada por la mano del siglo XIX su arrugada toga de empolvado pergamino.

Compréndese el esfuerzo de ingenio que ha sido necesario para

imprimir interés al relato de la vida y de las obras del célebre profesor de Salamanca.

No parece natural que sea el Rio de la Plata la patria en que se produce un biógrafo de Antonio Gomez, empeñado en adelantar las noticias que á su respecto se encuentran en los escritores de la península.

No podia ser más árido el asunto, y no se hallaría extraño que agregásemos más ageno al espíritu y á las tendencias características del orador argentino: — y, sin embargo, la lectura de su monografía seduce progresivamente la atención á cada párrafo que se avanza. — Se asiste á un asunto dramático, en la lucha trabada por el maestro con su competidor en disputa de la cátedra, y en el desenlace que le da la palma por las confesiones de la prevaricación gritadas á voces por un ajusticiado en el camino del suplicio y al pié de la horca. — Y se sienten las auras refrescantes de la civilización y del derecho moderno flotando sobre las postumerías de la edad media, cuando se contempla al plebeyo Antonio Gomez proclamando sin contradicción la equivalencia de un libro y de una espada, de la posesión de una cátedra y de un título de nobleza, — y alzándose así, por sobre todos los poderes consagrados, el supremo poder de la inteligencia.

No se reduce á este ensayo la prueba de la elasticidad del talento del Dr. Avellaneda. — Al estudio sobre el comentador Antonio Gomez sucede el del autor del *Vinnio castigado* y de la *Ilustración del derecho real de España*, — que reemplaza á aquel en el dominio del magisterio, bajo el influjo de los nuevos tiempos, satisfaciendo la necesidad de la exposición de la jurisprudencia que encerraban las grandes Recopilaciones Castellanas.

Y entran en el cuadro las peripecias de estas revoluciones de la ciencia jurídica en cuanto repercutieron sobre las Universidades de la América colonial, — así como aquellas que subsiguieron mediante el impulso de los trabajos de Alvarez, el catedrático de la Universidad de Guatemala, y de Velez Sarsfield, el adicionador de sus Instituciones, sin que falten referencias á los *Principios* del Dr. Somellera, y aún á la *Introducción de la Filosofía del Derecho*, de don Juan Bautista Alberdi, hasta llegar á la emancipación completa de la legislación americana con el advenimiento del Código Civil Argentino, cuyas monumentales proporciones de erudición y de doctrina acaban de motivar su traducción á la lengua francesa, ordenada oficialmente por la más alta autoridad científica

européa, siendo el nombre del autor inscripto por Mr. A. Riviere entre los eminentes jurisperitos del siglo.

Cabe todavía dentro de este párrafo la referencia al artículo dedicado á la obra del Dr. D. Juan Maria Gutierrez titulada: *Anales de la Universidad de Buenos Aires*.

Es un tributo de justiciera consideración al poeta laureado, al mas castizo de los escritores argentinos, al ciudadano austero que al alejarse de las agitaciones de la política halló en el refugio del Rectorado de la Universidad *el cuadro que correspondía mejor á su figura*, siendo realmente un personaje universitario, por sus cualidades y sus defectos, y quo supo votarse apasionadamente á la causa de la ilustración de la juventud de Buenos Aires en sus grados superiores, á la vez que á la investigación y la restauración de los antecedentes coloniales ó revolucionarios de la civilización y de la literatura argentina.

Los *Anales* son parte del fruto de aquellos desvelos pacientemente sostenidos. — El Dr. Gutierrez se extasiaba con el hallazgo de un nombre y de un hecho desentrañados por su esfuerzo en un legajo de papeles viejos ó en un impreso de principios del siglo, ó del siglo anterior, que le diesen una nueva personalidad que anotar en el catálogo de los hombres de letras de su país ó de Sud América, — y perseguía y examinaba y consultaba el dato, con empeño igual al del sábio Busmester, enriqueciendo su Museo y los tesoros de la ciencia con un fémur ó una mandíbula fósiles, sobre cuya base queda reconstruida una especie desaparecida ó ignorada.

Probablemente por eso echa de ménos en su obra el Dr. Avellaneda la profundidad de miras y la amplitud de desarrollo que á la nomenclatura de las enseñanzas podrian haber agregado la revelación de la estructura de los métodos característicos de la época colonial y escolástica, de las facultades que merced á ellos se aguzaban ó atrofiaban, y de las relaciones mismas que establecian entre la mente del profesor y la de los discípulos.

Todo esto constituiria una exégesis crítica é histórica, agena al plan concreto, y opuesta al sello personal del escritor, que limitaba su vuelo con el nombre de *Anales* dado al libro de que se trata.

Merecería no perderse en la indiferencia la indicación que encierra el último párrafo de este artículo del Dr. Avellaneda.

« Por los servicios prestados, por el brillo que dió al Rectorado « con sus escritos literarios, la memoria del Dr. Gutierrez debe ser « consagrada en el recinto Universitario bajo las formas del már-

« mol ó del bronce. Es justo que su Estátua sea uno de los ornamentos de la nueva Universidad. »

IV

El nombre de Tucuman liga tres estudios de carácter histórico; — el que se ocupa del libro del Sr. Groussac redactado por encargo de la Comision local de la Exposicion de Tucuman, la réplica al Sr. Sarmiento sobre sus observaciones sugeridas por asertos contenidos en aquel estudio de la obra de Groussac, y finalmente la disertacion sobre el Congreso de 1816.

Con motivo del Ensayo del Sr. Groussac entra el Dr. Avellaneda en interesantes disertaciones que ponen á contribucion sus ideas filológicas, históricas, y políticas.

La etimología de la palabra *Tucuman* escita numerosas dudas, que empiezan por la circunstancia de ignorarse si ella proviene de la lengua *tule* ó de la *quichua*. ¿No es problema insoluble el que así se plantea, el que así resulta despues de consultados todos los textos que podrian iluminarlo?

Fuera del interés provincial, siempre que se trate de la historia de Tucuman se levantará un debate que toca á los sentimientos patrióticos del Rio de la Plata, que tuvieron allí su hora de concentracion suprema en el Congreso de 1816.

No fué aquella asamblea un areópago de sábios, ni la reunion de los grandes hombres de la revolucion, de aquellos que presidieron al movimiento emancipador del año diez, ó dirigieron su desarrollo y propagacion sobre la mitad del continente. Pero se conservará allí palpitante el espíritu de los pueblos, que bajo la impresion de sus mayores desastres, hallaron en aquel congreso el órgano de las extremas decisiones, decretando y promulgando el derecho y el hecho de la independendencia, que cortaba á la revolucion toda retirada, y cerraba toda puerta á la reconciliacion entre las colonias y la metrópoli, sin dejar otra solucion que la victoria ó la muerte.

El asunto está brillantemente tratado, pero existe una diferencia entre las consideraciones sugeridas por el *Ensayo*, que son de reciente data, y las del *Fragmento* « sobre el Congreso de Tucuman », cuya fecha de 1864 hace notar el autor, recordando que es uno de sus primeros escritos.

Contra lo que el Dr. Avellaneda supone, no advertimos, ni en el

estilo, ni en las ideas, de este trabajo inferioridad alguna respecto de los posteriores. Creemos que toda la irregularidad consiste en la disposicion de sus partes, y aún seria más exacto decir en lo compendioso de la exposicion histórica, que, limitada á la instalacion del Congreso deja inopinadamente trunca la obra, despues del interesante retrospecto sobre la Asamblea de 1813 que podria servir de preámbulo á una produccion de más aliento.

Vengamos, entre tanto, á la circunstancia que promueve distincion entre este estudio y el dedicado al *Ensayo* de Mr. Groussac.

¿Ha adelantado algo la preparacion histórica, ó ha variado el criterio filosófico del Dr. Avellaneda en el tiempo corrido entre las fechas de esos dos trabajos, esto es, de 1864 á 1882?

El olfato perdiguero de Sarmiento ha cazado al vuelo en el estudio de 1882 este dato relativo á los miembros del Congreso, y á la índole de sus resoluciones: « Son eclesiásticos en la mayor parte y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca. . . . No conocen los libros con que la Francia habia removido los espíritus en el siglo diez y ocho y si los acontecimientos de su revolucion llegaron á sus oidos habría sido solamente para inspirarles un santo horror.

« Van á emanciparse de su rey y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto, siendo este recelo de sus espíritus el único sentimiento que pudiera atribuirse á la advertencia de los sucesos extraños. Obraron con conciencia propia, inducidos por móviles que no fueron un reflejo ó una imitacion, sino que respondían á sus honradas convicciones, y se pusieron de pié para hacer su declaracion, que será eterna, re-presentando rectamente la voluntad de los pueblos.»

Sarmiento que acaba de hacer su discurso encomiástico de Darwin toma entre sus manos transformistas el cuerpo del delito, lo hace dar vueltas bajo su mirada, y exclama: « Así la idea de la independendencia sale de los presbiterios y curatos del interior del continente americano. . . . El *Syllabus* suscrito por esos mismos obispos á quienes el americano Avellaneda atribuye la independendencia americana y argentina. . . . los *freres ignorants* á quienes Avellaneda atribuye la independendencia. . . . Habriamos descado pasar en silencio esta composicion literaria si los indiscretos no corriesen riesgo de atribuirle tendencio á propiciar los espíritus á una resurreccion de la educacion clerical.»

Avellaneda valora el golpe y responde á su impugnador: « Ha leído entre líneas como en un palimpsesto, y se preocupa no precisamente de lo escrito, sino de lo que ha creído descubrir como una intención más ó ménos oculta á través de los renglones de nuestro folleto. Hé ahí su error. Hemos procedido sincera y concienzudamente; y aquella página ligera en su forma encierra un estudio detenido del verdadero espíritu y de las tendencias del Congreso de Tucuman.»

Bastaban á la América sus razones y sus medios para la emancipación; pero asignando su verdadero influjo á cada una de las fuerzas generadoras é impulsivas de los acontecimientos, es dudoso que hubiera brotado espontánea ni en las celdas de los conventos, ni en los claustros de las universidades coloniales, ni en los cerebros de los políticos, ni en el corazón de las muchedumbres educadas en la obediencia del yugo español, la inspiración genial de la independencia, cuyo verbo resonó en la declaración del Congreso de Tucuman.

El coloniage de Sud-América no daba fecundidad para la florecencia de semejantes gérmenes, aunque estos existiesen en el seno de las nuevas sociedades, bajo la ley de la naturaleza humana imperante en todas las zonas de la tierra.

Podían no conocerse los libros ni las doctrinas, pero no hubo cordón sanitario que impidiese la repercusión de los grandes acontecimientos del siglo pasado, dilatándose por todas partes hasta las selvas del interior, los rumores de la Nueva Inglaterra emancipada y de la Francia revolucionaria y regicida.

Llegaban con todo esto, más ó ménos confusas, las ideas de la democracia, de la república, y de los derechos del hombre; y no comprendemos la filosofía de la historia que, contradiciendo la ley de la solidaridad humana, y suponiendo dentro del estado social de la colonia el desarrollo de gérmenes que su acción atrofiaba necesariamente, después de afirmar que se ignoraban los libros producidos por la Francia, agrega que si se habían llegado á oír los acontecimientos de su revolución, había sido solamente para impresionarse con un santo honor.

Ni los claustros ni la vida al aire libre de la colonia, enseñaban nada de independencia, ni de democracia, ni de rebelión contra los reyes.

Y la colonia necesitaba todo esto.

Lo hizo en la primera ocasión propicia, después de hecho por la Nueva Inglaterra y por la Francia.

¿Nos empeñaríamos en creer que la libertad de Sud-América no tiene vínculos con la libertad del mundo, que la independencia fué una inspiración ingénita de la educación escolástica de universidades y conventos coloniales, de la mente altiva y oscura de nuestras muchedumbres, — que no debe un rayo de luz á la antorcha esplendorosa del pensamiento que ilumina á los Estados-Unidos, y alumbra con el incendio de la Francia el día de la desaparición del absolutismo, y el verdadero advenimiento de la edad moderna de la Europa?

Eran eclesiásticos en su mayor parte los miembros del Congreso de Tucuman.

Este es el detalle que figura en el folleto de 1882, y que no se encuentra acentuado en la disertación de 1864.

Sarmiento lo ha cazado al vuelo, sospechando que haya quien esté en riesgo de atribuirle el intento de una resurrección de la educación clerical, que preparaba el espíritu para tan altos destinos como el de la proclamación de la independencia.

¿Ha leído entre líneas, como en un palimpsesto, el suspcaz evolucionista?

El Dr. Avellaneda afirma que ha querido solo consignar un hecho verdadero, sin que su ánimo se conturbe por la comprobación histórica de que los campanarios no pusieran estorbo á la declaración de la independencia.

La malicia del viejo censor que se aventura á leer entre renglones los escritos que no están en pergamino, puede haberse desbordado en alguna astuta sonrisa, releyendo la réplica del Dr. Avellaneda al día siguiente de la batalla parlamentaria en que el Senado argentino desbarató el proyecto de ley de educación laica sancionado por la Cámara de Diputados.

Digamos nuestro pensamiento. El *fragmento* de 1864 no tiene una línea que sorprenda, ó que sujiera una duda acerca de la índole liberal del jóven y distinguido literato, notado ya como sobresaliente entre sus compañeros, que fundaba « El Pueblo » en unión de Juan Chassaing, á cuya ardiente naturaleza no servía de contraste, sino de contrapeso. — Francisco Bilbao no habría tenido por qué dejar de ponerle el *visto bueno*. — Entre tanto, es perfectamente natural y lógico que en el autor del folleto de 1882 se encuentre el *leader* del senado de 1883 para la cuestión de la enseñanza religiosa.

V

No necesita el Dr. Avellaneda sostener un debate en defensa de sus títulos á la consideracion de su país por los servicios prestados á la causa de la educacion pública.

Despues de Sarmiento, él es el primer acreedor en tal concurso.

Fué él quien desde un Ministerio provincial bajo el Gobierno de Alsina, alzó con mano más vigorosa la bandera dejada por el iniciador cuando este fué á desempeñar sucesivamente los puestos de Gobernador de San Juan y Plenipotenciario en el congreso continental de Lima y cerca del gabinete de los Estados-Unidos.

La cuestion de la educacion fué entónces su preocupacion dominante, aunque no excluyera la acertada y laboriosa gestion de otros asuntos de capital importancia bajo el punto de vista social y administrativo.

Su elogio á ese respecto queda hecho cuando se recuerda que despues de leer y reproducir en « *Ambas Américas* » sus trabajos, al llegar á la Presidencia el ojo experimentado de Sarmiento descubrió en él *su hombre* y puso inmediatamente en sus manos la cartera de la Instruccion pública.

No hay para qué sospechar, por consiguiente, que al anticipar al volumen de la *Vida pública y ministerios* dos capítulos de la memoria provincial de 1867, y al elejir como uno de ellos el que versa sobre Educacion primaria, haya habido el propósito de agregar una *post data* á la polémica sobre los *freres ignorantins* á quienes, segun Sarmiento, atribuye Avellaneda la independencia americana, — con grave riesgo de tendencias reaccionarias hácia el oscurantismo.

El Dr. Avellaneda se reveló hombre de estado desde el primer momento. — Sus actos llevan el sello característico, que consiste en la iniciativa y en la calorosa perseverancia de las reformas.

Esto es lo que lo distingue en su vida pública, como escritor, como Ministro de la Provincia ó la Nacion, y como Presidente. — Esto es lo que inmediatamente se advierte en los dos capítulos de su primera *memoria* ministerial insertos en el libro que nos ocupa. — Ambos contienen las más importantes indicaciones sugeridas por las exigencias de su tiempo, — aumento de las escuelas existentes, mejora de sus condiciones materiales y de su direccion enseñante, mejora de la direccion general de la instruccion, fijacion y garantías para

su renta, descentralizacion ó intervencion directa de las localidades en el gobierno y mantenimiento de las escuelas, haciendo del interés del padre, y del municipio, el estímulo para el contribuyente y el administrador.

La *organizacion de la campaña* es tratada con igual espíritu de buen gobierno y de progreso, — siendo laudable el ejemplo de un poder central que se empeña en adelantar y fortalecer los resortes de la libertad y de la justicia, por la restriccion y limitacion de sus propias atribuciones, y el desarrollo del réjimen municipal y la completa separacion de las facultades de los poderes públicos. — La propia prerogativa del nombramiento del Juez de Paz, *factotum* de su partido, en el cual desempeñaba la mision de Juez, la de comisario de Policía, y la de dictador municipal, es objeto de la más implacable censura.

Revélase así el hombre de Estado, que no es Ministro ó Presidente pura cumplir los deberes administrativos mecánicamente modelados en la ley ó la rutina, — sinó que acomete la remocion ó la reforma de todo obstáculo y de todo atraso, para que toda fuerza humana tenga su legítima expansion, y para que la sociedad fecundice sin trabas, por sí misma, los elementos de su ser, de su prosperidad, y su grandeza.

Se siente y se comprende, leyendo estos escritos del Dr. Avellaneda, que no hay en ellos la satisfaccion vulgar ó el alarde de la palabra pomposa, de la letra muerta, de los documentos de parada, — sinó la manifestacion de un pensamiento sério y meditado, que realizará ó contribuirá á realizar efectivamente en los hechos sus promesas, — impulsando el crecimiento de la instruccion en sus diversos órdenes, por el aumento de las escuelas primarias y de los colegios superiores, — organizando y garantiendo la propiedad agraria, — dando aliento á la industria, incremento á la inmigracion, y solidez al crédito público — alzando el Observatorio astronómico que acerca al suelo argentino las estrellas del firmamento — resolviendo los grandes problemas políticos, restituyendo á la Nacion constituida la capital del Virreinato, — cruzando los aires con los alambres del telégrafo — bordando de rieles, y cubriendo con todos los beneficios de la civilizacion, la tierra legada por los padres, y ensanchando la tierra de la patria con la supresion del desierto que lleva las fronteras á los Andes y al Océano, para que los nietos bendigan los dias del trabajo en los dias de su engrandecimiento, entre las más grandes naciones del orbe.

VI

El resto del libro no desmerece por su interés literario, de los escritos que acabamos de examinar, elevándose, antes bien, sobre ellos en determinados pasajes.

La necrología del Obispo Esquiú es una página impregnada del más delicado sentimiento, digna de la vida de abnegaciones y virtudes á cuyo elogio se contrae.

Es bello también, aunque no alcanza á igual altura por su propósito, el artículo bibliográfico relativo á la obra del Sr. Fontana sobre el Gran Chaco, del cual dice el Dr. Avellaneda: « Este libro es austero y rígido. No tiene sino una línea, larga y uniforme . . . » « Pero, existe para su autor el mérito superior de haber aceptado por años la vida agobiante del desierto, afrontando peligros que dejan de ser romancescos cuando son atestiguados por las cicatrices de las heridas recibidas. »

El Dr. Avellaneda agrega: « Empieza así para nuestro país y para esta parte de la América la segunda creación — es decir, su posesión por la ciencia, su fecundación por la inteligencia humana. »

Y termina con estas palabras: « Aplaudamos á los trabajadores de la primera hora, y leamos siquiera sus libros en testimonio de adhesión á sus nobles esfuerzos. »

Afortunadamente para el gran orador, no ha sido él el editor del libro del Sr. Fontana, lo que le habría impedido tal vez dirigir su carta á D. Santiago Estrada *sobre un poeta Colombiano*.

El Sr. Estrada llevó á cabo una edición de las poesías de Jorge Isaacs, suceso que el Dr. Avellaneda pudo sólo explicarse como acto de caridad de un literato que se transfigura en San Vicente de Paul. — Era imposible mayor desvalimiento que el del huérfano recogido por el Sr. Estrada.

No romperemos lanzas en defensa de las poesías. — Pero el corazón del Dr. Avellaneda que en presencia del brazo roto del Sr. Fontana tiene un movimiento de ternura y arroja un grito de gracia para el rígido libro de la primera hora, ¿como ha podido lanzar su humorístico chascarrillo sobre las poesías prestigiadas con el nombre simpático del autor de *María*, de María, el más bello romance sudamericano, igual, ó superior, á Pablo y Virginia, á Atala y á Graziella?

El nombre de Jorge Isaacs está de tal manera ligado á su romance, que la falta absoluta de referencia á éste en la jocosa carta del Dr. Avellaneda, sólo se explica por la circunstancia de no haber gozado aún el deleitoso placer de su lectura.

Es esta la única atenuación de su culpa en los rigores de la crítica.

No diremos que *María* puede hacer armoniosos los malos versos de Isaacs. — Pero cuando se ha leído aquel romance, no se tiene la impiedad de tratar á su autor en el tono ligero y zumbón con que se hablaría de las obras poéticas del Dr. Zubiría, encabezadas con su retrato Byroniano.

Tanto como fué cruel con Isaacs, fué el Dr. Avellaneda cortés y galante con el Sr. Estrada.

Constata él que este señor le respondió con acrimonia.

Es cierto, recordamos esa respuesta que en su época nos sorprendió por la enconada dureza (inexplicable en la reconocida cultura del Sr. Estrada) con que se devolvían las lisonjas tributadas por literato tan eminente como el Dr. Avellaneda, cuando estas habían sido arrancadas á las breves horas de solaz que las atenciones del Gobierno dejan libres al Presidente de la República.

Conservamos aún la impresión de aquella extraña respuesta; y nos preguntamos todavía si su desagradable aspereza pudo ser castigo de una sola falta, ó si el Dr. Avellaneda mereció tanta expiación por el doble delito de su extrema desatención con el autor del más hermoso romance, de la obra de imaginación más sentimental y delicada que se haya producido en la América del Sud, y su exagerada benevolencia con el apreciable é inteligente escritor argentino que lo editaba.

Por lo demás, el gran orador no es el enemigo de los hijos de Apolo; — admira al cantor de Prometeo, penetra con Echeverría en los misterios majestuosos de la Pampa, alienta los vigorosos ensayos del joven D. Enrique Rivarola, y querría que todas las manos se juntasen para cubrir de flores las sendas de la nueva generación de bardos que asciende hácia la cumbre del Parnaso. — *Manibus date lilia plenis!* . . .

(Concluirá).

Soneto

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

No por la mente juvenil é inquieta
Del que su lira pulsa tierno amante,
La duda asoma de que sea inconstante
La mujer de sus sueños de poeta.

Tranquilo el sabio que su afan concreta
A buscar la verdad con fe anhelante,
Desprecia la acritud del ignorante
Que su ciencia y desvelos no respeta.

El guerrero que en pos de altos honores
Al campo do batalla audáz se lanza,
Olvida de la muerte los horrores ;

Y es todo, que se eleva quien alcanza
Que amor, justicia, y gloria, eternas flores
Son quo en el alma nutre la esperanza.

SUeltos

Comenzamos hoy la publicacion de las *Cartas íntimas* de M. de Bacourt sobre los Estados-Unidos de Norte América.

D. Agustin de Vedia, el elegante traductor de esas *Cartas*, ha querido favorecer á los ANALES DEL ATENEO, prefiriendo sus páginas á las de otras *Revistas* del Rio de la Plata, que se habrian honrado con la preciosa colaboracion del distinguido escritor.

Agradecemos al compatriota ausente esta prueba de que no olvida la tierra de su cuna, para la cual conserva siempre el proficuo recuerdo que se manifiesta en dedicarle el fruto de sus vigiliass laboriosas.

La direccion de los ANALES DEL ATENEO tiene en alta estima los trabajos reposados del publicista oriental, traductor de M. de Bacourt.

LOS ANTI-VACUNISTAS

De algunos años á esta parte han entrado en moda los congresos internacionales para discutir los asuntos científicos y promover especialmente el adelanto en ramos determinados del arte y del saber humanos.

La asociacion cosmopolita de los hombres de ciencia es un timbre de gloria para la civilizacion eminentemente expansiva que caracteriza á nuestro siglo: representa la libertad y la tolerancia de opiniones opuestas en materias científicas, literarias ó artísticas.

Los anti-vacunistas europeos se han reunido en congreso en la ciudad de Berna, en el mes de Setiembre próximo pasado, bajo la presidencia de Ad. Vogt, profesor de Higiene en la Universidad de Berna y vice-presidente de la liga internacional anti-vacunista. Asistieron al Congreso delegados de Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania.

Entre los personajes más distinguidos figuran como *supporters*, sustentadores de tesis: Herberto Spencer, Alfredo Russell Wallace, Newman; médicos, abogados é higienistas; profesores en Universidades y colegios; directores de hospitales, miembros del Reichstag y del Parlamento británico; rectores de Universidades, estadígrafos; publicistas, etc.

El programa de los temas del Congreso es muy interesante. Entre ellos figura el siguiente, con el número 9: ¿Se ha preocupado alguna vez el Estado de hacer anotar las diversas enfermedades que son susceptibles de engendrarse por la vacuna, según confesión de los mismos vacunistas? . . . — Qué sabe el Estado por experiencia acerca de los accidentes y enfermedades que resultan de la inoculación del virus vacuno en el organismo y qué dicen á este respecto los datos oficiales y los certificados de defunción?

El tema número 7 dice así: ¿las autoridades gubernativas se han hecho ilustrar por sus expertos sobre el origen, naturaleza y virtud del virus vacuno, así como sobre las ventajas de la linfa animal, en comparación con la vacuna jenciana?

Todos los demás temas tienden á la demostración científica de que el Estado debe mostrarse imparcial en la elaboración de leyes sobre la vacuna, y no debe declarar obligatorias la vacuna y revacuna.

En el Congreso de Berna se han discutido las últimas defensas que con notable talento han hecho de la vacuna obligatoria Mrs. Leon Playfair, Carpenter, Thilenius y Möller.

En Noviembre de 1882 publicábamos en *La Razon* algunos artículos sobre la vacuna obligatoria, y concluíamos diciendo:

«Las consecuencias de la inoculación están en litigio, y los nuevos descubrimientos y ensayos, así como el análisis esmerado de la estadística mortuoria, el estudio clínico de los inoculados, contribuirán con la ayuda poderosa del microscopio, á completar la teoría moderna de los gérmenes en las enfermedades contagiosas, y la de la atenuación de los virus como preservativo ó coraza contra esas mismas enfermedades.» Esas materias han sido discutidas en el Congreso de Berna en Setiembre de este año, y de sus debates resulta que dos escuelas están en lucha: una, la de los antivacunistas que quiere impedir el desarrollo de las enfermedades contagiosas, suprimiendo los gérmenes virulentos por medio de la

desinfección y de la higiene; la otra, la de los vacunistas que pretende alcanzar el mismo objetivo, inoculando esos gérmenes en la sangre de todas las personas sin excepción.

Los últimos y muy recientes experimentos hechos en Rio Janeiro llevan á la ciencia europea un contingente valioso para continuar dilucidando el problema de la inoculación de los virus atenuados, cuyo más ilustre propagador es el sábio francés. — Mr. Pasteur.

Entre tanto, las experiencias han de ir haciéndose *in anima vile*, y pues toca á Montevideo el honor de haber propagado desde 1807 el virus *jenneriano* en el Rio de la Plata, — quépale también la satisfacción de seguir paso á paso las discusiones de los hombres de ciencia y la de estar atento á las conclusiones á que se llega en los Congresos científicos sobre el pró y contra de la vacuna.

Discuten y vacilan los higienistas, los profesores de medicina, los directores de hospitales de virulentos, los sábios de la talla de Spencer Newman y Wallace. Los únicos que no vacilan son los fanáticos de una y otra escuela.

No conocemos las conclusiones á que llegó el Congreso de Berna. Así que las conozcamos las consignaremos en las páginas de Los ANALES. Lo mismo haremos con trabajos análogos de los vacunistas, porque en el gran debate no tenemos más preocupación que la verdad y el interés que inspira siempre la salud pública.

C. M. DE P.